Fernanda

FERNANDA,

COMEDIA EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA

DE

VICTORIANO SARDOU,

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR LOS SEÑORES

D. FÉLIX G. LLANA Y D. TOMÁS TUERO.

Representada por primera vez con extraordinario éxito en el Teatro de LA COMEDIA el dia 12 de Enero de 1885.

MADRID

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ

Calvario, 18, *principal*.

1885.

PERSONAJES.	ACTORES.
CLOTILDE	SRTAS. M. TENORIO.
PAULINA	RODRIGUEZ.
FERNANDA	MARTINEZ.
SEÑORA SENECHAL	SRAS. GUERRA.
AMANDA	GARCÍA.
GIBRALTAR	CARRICHE.
TERESA, criada	CANCIO.
POMEROL	SRES. MARIO.
ANDRÉS	S. LEON.
BRACASÍN	LIRON.
EL COMENDADOR DON RAMIRO	ROSELL.
ROQUEVILLE	TAMAYO.
FEDERICO	ROYO.
ANATOLIO RICHON	LARRA.
VIZCONDE DE CIVRY	RUBIO.
EL GENERAL	BALLESTEROS.
ALFREDO, criado	MARTINEZ.

Jugadores y acompañamiento.

La escena en París, época actual.

ACTO PRIMERO.

Salon de juego

ESCENA PRIMERA.

POMEROL, FEDERICO y un CRIADO.

Federico sentado haciendo combinaciones con una baraja. Pomerol á la entrada hablando con un Criado que le introduce.

POM. ¿No está en casa la señora?

CRIADO. No señor.

POM. ¿Y la señorita?

CRIADO. La señorita ha salido tambien.

POM. Corriente. Esperaré. (Dirigiéndose á Federico que no le vió llegar.) ¿Qué haces tú ahí?

FED. (Levantándose con respeto.) ¡Señor de Pomerol!

POM. Un solitario, eh?

FED. Si, señor, algo ha de hacer uno. ¡Pero cuánto tiempo sin verle!

POM. Sí, por fortuna... ¿Á lo que parece se levantaron tiendas?

FED. ¿Ha estado usted allá?

POM. Hace un rato. Y á no ser por Gibraltar, que me dió no

ticias de la mudanza, todavía andaría preguntando de puerta en puerta.

FED. Pues hace ya dos meses que estamos aquí; desde que ocurrió aquella desgracia.

POM. ¿Qué desgracia?

FED. ¿No supo usted? ¡Un lío espantoso! ¿Se acuerda usted de aquel húngaro chiquitin, muy calvo?

POM. Un húngaro chiquitin...

FED. Sí, el General.

POM. Muy vagamente: ¡He visto desfilar en esta casa tantos húngaros, tantos generales, y tantos calvos!

FED. Pero este era muy conocido. Á poco le ahorcan en los Estados-Unidos.

POM. ¡Ah, ya recuerdo! En la guerra del Sur...

FED. Sí, por haber tomado un fuerte...

POM. ¿Y qué pasó con el General?

FED. Ya sabe usted que comía aquí todos los dias. Hasta pagaba el champagne en ocasiones. La verdad es que no faltaba á nadie. ¡Pero tenía una suerte tan exagerada! Yo le he visto hacer en el golfo treinta de mano, veinte veces seguidas.

POM. ¡Eso es demasiado!

FED. ¡Claro está! No hay que abusar. Un dia el señor Anatolio no toleró que estuviera tan de buenas y le tiró las cartas á la cara. Excusado es decir...

POM. ¡Que se le plantó á la puerta!

FED. Inmediatamente. Pero bien le advertí yo á la señora. Ese hombre para vengarse vá á ir con mil cuentos á la policía. Si aquí el comer es lo de ménos, y lo principal es jugar, si el mantel se cambia en tapete verde... en fin, que era preciso andar con mucho ojo.

POM. ¿Y acertaste?

FED. Pues... dicho y hecho. Al dia siguiente nos cayó encima el comisario y prendieron á la señora. Quince dias tuvo que pasar en la Cárcel.

POM. ¡Demonio!

FED. Estas cosas siempre perjudican á una casa. Como se

quejaron los vecinos, el casero nos despidió, y hemos venido aquí con otro nombre.

POM. ¿De modo que no es ya la señora Adolfo?

FED. No. Ahora es la señora Senechal.

POM. Tanto monta. ¡Pero diablo! ¡esto está muy bien puesto! ¡Qué lujo! (Examinando el salon.)

FED. Mejor que la otra. Mire usted: en el jardin hay un pozo que comunica con el solar inmediato. En caso de de alarma, de un salto se está en el solar, y de otro en la calle.

POM. Y una librea ademas, tunante.

FED. ¡Oh! La casa está sobre muy buen pie. ¡Cómo que ha corrido con todo el señor de Roqueville!

POM. ¡Roqueville! ¿Sigue siendo ese quién dirije el cotarro?

FED. Naturalmente. No hay nadie que lo entienda mejor. Aquí es el verdadero amo.

POM. ¿Y qué es de la señorita Fernanda!

FED. La señorita Fernanda ya sabe usted que no sirve para esto. ¡Es tan encojida! Por lo demás, siempre la misma; triste y callada. Y se me figura que cada dia es mayor su tristeza.

POM. No me choca. ¿Me dicen que ha salido?

FED. Á las cuatro.

POM. Pues me contraría no hallarla. En fin, volverá á la hora de comer. Esperemos. Las siete. Ya no tardará mucho.

FED. Ahora comienzan á llegar. El señor Bracasin y la señorita Amanda.

ESCENA II.

LOS MISMOS, BRACASIN y AMANDA.

AMANDA. ¡Ah! ¡Si es Pomerol!

BRAC. ¡Cómo! ¿usted por aquí? ¿Qué se ha hecho usted en tanto tiempo?

POM. Pues me he hecho... un poco más viejo.

AMANDA. ¡Abandonarnos de ese!...

POM. ¡Amiga mía, me he morijerado mucho!

BRAC. ¿Ya no juega usted?

POM. Ya no juego.

AMANDA. ¿Se ha casado?

POM. ¡Usted lo ha dicho! (Á Bracasin.) Y apropósito: ¿cómo vá su escultura? Estará ya muy adelantada. (Se sienta junto á Amanda.)

BRAC. ¡Sí!... ¡Bonito siglo para la escultura! ¿quién piensa hoy en trabajar? ¡Por vida!... Es mil veces preferible cruzarse de brazos.

AMANDA. Que es lo que hace.

BRAC. Siglo hipócrita, en que no se puede indicar la menor cantidad de desnudo sin que todo el mundo ponga el grito en el cielo. ¡Cómo si fuera posible la escultura sin el desnudo! Como si el gran arte...

POM. ¡En el que estará inspirada su famosa Ariadna!

BRAC. ¡Oh, Ariadna! ¡Hé ahí mi obra! Será quizá lo único que deje, pero basta para la gloria de una época.

POM. ¿Estátua magnífica, eh?

BRAC. ¡Monumental!

POM. Hace lo ménos cinco años que viene usted trabajando en ella.

AMANDA. Seis años.

BRAC. ¡Siete!

POM. Tengo gran curiosidad de verla. ¿Dónde se la puede ver?

BRAC. ¿Mi Ariadna? ¡En ninguna parte! Aún no se la vé. ¡Está aquí! (Señala la frente.)

POM. Es decir que continúa...

BRAC. ¡Una estátua como esa! ¡Diantre! Es preciso irse con piés de plomo. Hay que meditar, que pensar mucho... Es un trabajo de largos años.

POM. De modo, que el gran arte...

BRAC. El gran arte lo exije así. La historia de todos los grandes maestros.

POM. Le prefiero á usted con ese criterio. (Levántandose.)

ESCENA III.

LOS MISMOS, ANATOLIO y CIVRY.

ANAT. Señores, mi amigo, el vizconde Florestan de Civry, á quien me he tomado la libertad de traer esta noche.

AMANDA. Muy bien venido.

CIVRY. (Cuyos modales revelan educacion muy esmerada.) Señora, el señor de Richon...

ANAT. Diga usted simplemente Anatolio, amigo mio. Qué caramba, entre compañeros debe haber confianza.

CIVRY. Mi amigo Anatolio, pues, me obliga á una gratitud eterna por el placer que me proporciona hoy.

AMANDA. Es un jóven simpático.

BRAC. Y que huele á provincia todavía.

POM. De Civry... Conozco en Tolosa al señor de Civry, magistrado muy respetable.

CIVRY. Es mi padre, caballero; y mi tio es procurador imperial en Bastia.

POM. Pues mañana precisamente salgo para Bastia, si á usted se le ocurre algo.

CIVRY. Muchas gracias.

POM. ¡Cómo habrá venido aquí este muchacho!

ANAT. Mi amigo Civry viene á París á completar sus estudios.

AMANDA. ¿Es estudiante?

CIVRY. De derecho.

ANAT. Todavía no conoce bien París.

POM. No: eso se vé á la legua. ¿Y es usted el que le hace los honores? ¡Á título de antiguo camarada sin duda!

CIVRY. No, ha sido pura casualidad. Este caballero vive en la misma casa que yo, en el tercero; y la verdad, puesto que habitamos el mismo palomar...

POM. (Naturalmente, trata de desplumarle.

ESCENA IV.

LOS MISMOS, el COMENDADOR, GIBRALTAR, FEDERICO.

FED. El señor Comendador don Ramiro, la señorita Gibraltar.

POM. Un Comendador. ¿Hay un Comendador?

BRAC. Sí, segun dice él.

AMANDA. ¿Comendador de qué?

POM. De los incautos. (El Comendador apoyado en el brazo de Gibraltar se dirige hácia donde están los demás; hablando con acento portugués.)

COM. (Saludando enfálicamente.) ¡Señora, señores!

POM. (Á Anatolio.) ¿Portugués?

ANAT. Brasileño.

POM. (Metiendo las manos en los bolsillos, con el ademan de quién está decidido á no dar la mano á farsantes.) Ahora que venga.

COM. Dispensarán ustedes mi tardanza.

AMANDA. Usted no llega tarde nunca, D. Ramiro.

ANAT. (Haciendo la presentacion.) ¡El señor de Pomerol!...] ¡don Ramiro!

COM. Tengo una satisfaccion en conocer á usted. (Le tiende la mano. Pomerol saluda, pero aparenta no ver el ademan.)

ANAT. (Á media voz.) ¡Que le tiende á usted la mano!

POM. (En el mismo tono y señalando las suyas en los bolsillos.) ¡Pues por eso precisamente!

GIB. Os anuncio para esta noche una sorpresa. Se trata de la visita de un egipcio.

AMANDA. ¿De un egipcio verdadero?

GIB. Completamente legítimo. Un gran comerciante del Cairo que viene á estudiar los tejidos franceses. (Federico sirve copas de Madera. Los hombres beben y fuman. Pomerol se sentó en el sofa.)

AMANDA. (Al Comendador.) ¡Qué sortija tan hermosa lleva usted!

COM. (Sacándola del dedo.) Está á su disposicion.

AMANDA. (Muy complacida.) Muchas gracias.

COM. Es un pequeño diamante encontrado en una de mis minas por mis esclavos... (Amanda se dispone á cogerla. El Comendador vuelve á colocarla en el dedo.) Y del que no me separaré nunca. ¡Es un recuerdo de mi madre!

AMANDA. (Estupefacta á Pomerol.) ¡Qué ocurrencia! Lo pone á mi disposicion y despues...

POM. Fórmula de su país. Eso no quiere decir nada.

COM. (Mirando el diamante con ternura.) Además, le debo la vida.

BRAC. (Bajo á Pomerol.) Ahora viene la historia.

COM. Este diamante despide tales fuegos, que en mi última campaña, separado de mi cuerpo de ejército, pude orientarme á favor de su brillo y encontrar el camino en las tinieblas...

POM. (Á media voz.) ¡Y habrá encendido en él un cigarro. (El Comendador pasea con Civry.)

AMANDA. (Á Gibraltar.) ¿Verdad que es un hombre muy original?

GIB. Y de mucha imaginacion.

FED. (Que entra asustado.) Ya está ahí la señorita.

AMANDA. Gracias á Dios. Ya era hora de comer.

FED. La tardanza no fué culpa suya. ¡Estuvo á punto de matarse!

POM. ¿De matarse?

FED. Sí, la atropelló un coche. La señora que iba en el carruaje, la trajo en él hasta aquí.

GIB. y AMANDA. ¡Pobre niña!

POM. ¿Dónde está?

FED. En un cuarto. Se está vistiendo. Pero no ha sido nada. Ni un rasguño... Dice que pueden ponerse á la mesa sin esperar á la señora. Va á bajar en seguida.

BRAC. Pues á la mesa. (Se marchan al comedor hablando con gran animacion. El Comendador dá el brazo á Amanda. Anatolio á Gibraltar. Civry y Pomerol quedan rezagados.

ESCENA V.

POMEROL y CIVRY.

POM. Señor de Civry, ¿quiere usted hacerme el honor de

escuchar dos palabras?

CIVRY. Estoy á sus órdenes, caballero.

POM. La simpatía que usted me ha inspirado desde el primer momento, y la circunstancia de ser amigo de su señor padre, me deciden á hablarle con toda franqueza.

CIVRY. Bastan esos títulos para merecer mi consideracion y mi respeto.

ANAT. (Reapareciendo en el umbral.) Vamos, Civry, á la mesa.

POM. Sí, allá vamos. (Váse Anatolio.) Contésteme usted, pues, como si fuéramos amigos antiguos. ¿Quién le trajo á usted aquí?

CIVRY. Richon, como usted ha visto; pero ha sido á peticion mía.

POM. ¡Ah!

CIVRY. Ya comprende usted que los provincianos somos un poco curiosos. Despues de ver todos los mònumentos, todos los teatros, todos los bailes públicos, indiqué al señor Richon el deseo de conocer algo del París .. ¿cómo decirlo?... subterráneo...

POM. Del París, que estafa.

CIVRY. (Protestando.) ¡Oh!

POM. Dispense usted, aquí no se hace otra cosa.

CIVRY. Caballero, jamás me atrevería á calificar tan severamente un sitio donde he tenido el honor de encontrarle

POM. Esperaba esa respuesta. Pues bien, mi presencia aquí no prueba nada. Lo que hay es que en este París subterráneo que usted deseaba conocer, yo estoy en la galería por donde se sale, y usted en la galería por dónde se entra.

CIVRY. No comprendo...

POM. Señor de Civry... Escúcheme usted. El vicio suele comenzar por la curiosidad. Usted viene aquí por una noche ¡oh! ¡ya sé que se propone eso! una noche solo, sin ejemplar. Pero es casi seguro que volverá mañana, y entónces volverá otro dia, y acabará por venir á diario infaliblemente. Á los veinte años,

amigo mio, no es presumible que se contraiga el hábito de asistir al ejercicio de las cuarenta horas, ó á las sesiones del Parlamento... ni siquiera á las cátedras de la Universidad, con ser usted estudiante, y ser esa su única obligacion. ¡Pero la costumbre de venir á estos sitios, de frecuentar estas casas!... Esa sí que se adquiere fácilmente, y nos arrastra despues con fuerza irresistible. Lo que empezó siendo simple curiosidad, se convierte en necesidad imperiosa... Usted quiere ver de todo, saber de todo: poder contar á sus amigos cuando vuelva á Tolosa durante las vacaciones, algo de este Paris, equivoco tan interesante, tan poetizado por la fantasia provinciana... Quiere usted conocer las instituciones ocultas del vicio parisiense, para darse aires despues de hombre de mumdo... ¡Incauto jóven! No impunemente se pasa por encima del lodo. Hoy viene usted como mero observador; dentro de algun tiempo quizá, sea á su vez digno de ser observado. El vicio no admite transeuntes, quiere domiciliados únicamente. ¡Cuantos como usted han venido aquí, ó á otra casa como ésta, traidos por un amigo como Richon, á pasar una noche, entiéndase bien... ¡solo una noche! Y cuántos fueron perdiendo su dignidad insensiblemente, codeándose, estrechando á cada instante la mano de personas á quienes no se atreverían á saludar en la calle, y sufriendo su tuteo amistoso!... Cuantos derrocharon su fortuna, la fortuna que sus padres habían reunido en una vida de luchas y de privaciones... ¡las santas economías de una madre!...

CIVRY. Pero, caballero, yo no soy jugador...

POM. Nadie es jugador ántes de empezar á jugar, señor mio... ¡Y si fuera el dinero solamente lo que el juego nos arrebata! Despues de todo la fortuna puede recuperarse volviendo á la vida del trabajo y del ahorrô... ¿Pero quién puede devolver, quién puede reparar el despilfarro de las más hermosas horas de la juventud?

Señor de Civry, está usted á tiempo; la pendiente de la degradacion se corre con una rapidez asombrosa .. Lo difícil, lo imposible muchas veces, es volver atrás... Salga usted de aquí, salga usted en seguida.

CIVRY. (Agitado.) Es que como ya me han visto, ¿qué pensarán de mí si me marcho de este modo?

POM. Pensarán que es usted un hombre de talento, y si se queda, pensarán lo contrario.

CIVRY. (Ofendido.) ¡Caballero!...

POM. Pero, desgraciado... ¡Figúrese usted que se abre la puerta... que aparece el Comisario y que los prende á todos!

CIVRY. ¡Oh!

POM. Su nombre de usted, el honrado nombre de los Civry se inscribirá mañana en los registros de la policía...

CIVRY. ¡Ah, eso nunca! Tiene usted razon, caballero, me marcho.

POM. Sin perder momento.

CIVRY. Permítame estrecharle la mano y darle las gracias con toda mi alma. Volveremos á vernos. No olvidaré nunca su leccion.

POM. Hasta la vista, amigo mio. (Civry sale escapado.) ¡Es un bravo muchacho! Este es el único lado bueno de las faltas cometidas; el poder evitar que las cometan los demás... ¡Ah, Roqueville!

ESCENA VI.

POMEROL, ROQUEVILLE, FEDERICO.

ROQUEV. (Entra entregando el sombrero y el gaban á Federico.) ¿Quién es ese que sale con tanta precipitacion?

FED. Un amigo del señor Anatolio, que venía á comer.

ROQUEV. Entónces ¿por qué se vá? (Viendo á Pomerol.) ¿Si no me engaño es el señor de Pomerol?

POM. (Muy friamente.) Sí.

ROQUEV. Hace mucho tiempo que no tenía el gusto de ver á usted.

POM. (Lo mismo.) En efecto.
ROQUEV. (Cohibido por aquella frialdad.) ¿Sabe usted por qué se ha marchado ese jóven?
POM. ¡Á mí qué me importa!
ROQUEV. ¡Ah! ¿Y usted no entra, señor de Pomerol?
POM. No, muchas gracias.
ROQUEV. (Mordiéndose los labios.) Eso es diferente... (Saludando.) ¡Caballero! (Saludando friamente.) ¡Caballero! (Roqueville entra en el comedor. Se oye ruido de voces que le saludan. Federico váse llevándose gaban y sombrero.)

ESCENA VII.

POMEROL sólo.

¡Grandísimo tunante! ¡Comer yo otra vez enfrente de tí! Vamos, decididamente veré á Fernanda á mi regreso. Había venido para una buena accion; pues bien, no he perdido el dia.

ESCENA VIII.

POMEROL y FEDERICO.

FED. ¿Entró por el jardin la señora por casualidad?
POM. (Poniéndose los guantes para salir.) No... ¿Por qué?
FED. Está ahí una dama desconocida que pregunta por ella, y que tiene un aspecto tan distinguido... tan... decente, que, la verdad, no sé si debo dejarla entrar aquí.
POM. Hé ahí un escrúpulo que Dios te tendrá en cuenta.
FED. Y el caso es que insiste. Yo le hice varias señas, pero no comprende...
POM. ¡Bah! Alguna farsa... ¿Dónde está mi sombrero?
FED. Voy á decirle que pase. (Sale.)

ESCENA IX.

POMEROL.

¡Una mujer decente aquí! ¡Aún cuando no fuera más

que por lo raro del caso... (Poniéndose el sombrero y disponiéndose á salir.)

ESCENA X.

FEDERICO, POMEROL, CLOTILDE.

FED. Tenga usted la bondad...
POM. (Estupefacto.) ¡Clotilde!
CLOT. ¡Cómo, primo, eres tú?
POM. ¡Clotilde aquí! (Á Federico.) ¡Á ver si te marchas!
FED. (Á media voz.) Ya lo ve usted... Yo no quería...
POM. (Empujándole.) ¡Quieres largarte!

ESCENA XI.

CLOTILDE, POMEROL.

POM. (Vivamente.) Prima, una palabra, una sola. ¿Es la primera vez que pisas el umbral de esa puerta?
CLOT. Sin duda. Y sólo por una casualidad.
POM. (Respirando.) ¡Santa ignorancia! Pues bien, ahora, prima, tu brazo y escapemos.
CLOT. Pero permíteme...
POM. No, no permito. ¡Pronto, pronto!
CLOT. ¿Pero por qué?
POM. Porque una mujer como tú, querida prima, no puede entrar en una casa como esta... y permanecer en ella... ménos todavía.
CLOT. ¡Qué me cuentas! Este salon tiene sin embargo muy buen aspecto.
POM. (Cogiéndola del brazo.) El salon es lo de ménos. Lo que hay que ver es la gente que se reune aquí.
CLOT. Vamos, Felipe, yo no soy una chiquilla, y á una viuda de mi edad bien puede decírsele todo. ¿Dónde estoy?
POM. En casa de la Senechal, ántes la señora Adolfo. Mesa redonda de siete á ocho... casa que tiene una repu-

tacion deplorable.

CLOT. ¿Y cómo estás tú aquí?

POM. Porque yo soy un perdido. Pero esta vez, vine para una buena obra.

CLOT. Y yo tambien.

POM. ¿Tú?

CLOT. Sí, un percance que me sucedió con el coche. Toda una historia.

POM. ¡Ah!

CLOT. No hace media hora que al cruzar el boulevard, mi carruaje se detuvo de repente entre los gritos de los transeuntes... Era una jóven á la que cogieron cas bajo las ruedas, y que afortunadamente no se había hecho ni el menor rasguño.

POM. ¿Fernanda? ¿Conque fuíste tú?...

CLOT. La hice subir á mi coche. Estaba muy pálida, muy asustada. La interrogo, y sólo á fuerza de fuerzas, pude arrancarle un nombre, el de su madre, y unas señas...

POM. ¡Estas!

CLOT. La conduje hasta aquí, donde me dejó, dándome las gracias con un aire de tristeza y de dolor que me encantaron, y proseguí mi camino hasta el Teatro.

POM. ¿Qué Teatro?

CLOT. El del barrio.

POM. ¿El teatro Montmartre?

CLOT. Sí.

POM. (Estupefacto.) ¿Al teatro Montmartre, tú?

CLOT. Sí, ya te explicaré eso. Al bajar del coche, me pareció conveniente reprender al cochero por su torpeza, pero averigué que no habia sido suya la culpa, y que aquella jóven se habia arrojado con toda intencion debajo de las ruedas.

POM. (Sobrecogido.) ¡Cómo!

CLOT. Sí, mi cochero asegura que se trataba de un suicidio. Esa idea se apoderó de mí, y no pude sosegar desde aquel instante. Por eso volví inmediatamente, y héme

aquí ya tranquila al saber que no le pasó nada, y más tranquila aún, por haberme encontrado contigo.

POM. ¡Ah! ¡Hermoso corazon! ¡No hay nadie como tú para estos arranques!

CLOT. Conoces á esa jóven.

POM. Hace mucho tiempo. La he conocido así...

CLOT. ¿Qué edad tiene?

POM. Veinte años á lo sumo.

CLOT. ¡Matarse á los veinte años! ¡Desgraciada! ¡Tiene un aire tan dulce!

POM. ¡Es la dulzura misma!

CLOT. ¡Y tan interesante!

POM. No lo sabes bien. ¡Y en todo esto, me cabe á mí alguna culpa!

CLOT. ¿Á tí?

POM. Sí, cuando me casé...

CLOT. Y entre paréntesis; si tu mujercita, que no es celosa que digamos, supiera que estabas aquí...

POM. ¡Sí, estaba fresco!

CLOT. Decías que cuando te casaste...

POM. Al despedirme para siempre de esta vida de vicio y de disipacion, prometí á la pobre niña acordarme de ella y hacerla salir del horrible medio en que vive... ¡Pero se prometen tantas cosas! Mi cambio de vida; el amor, el trabajo... En suma, hace poco, sea casualidad ó presentimiento, el hecho es que la recordé... y como mañana tengo que partir por algun tiempo, me apresuré á venir en seguida.

CLOT. Pues me alegro de haber venido yo tambien. Así podré ayudarte. Despues de todo, mi venida aquí quizá me haya librado de cometer una gran locura.

POM. ¿Cómo una locura?

CLOT. Ya sabes que Andrés está en Turena, donde aún debe permanecer ocho dias.

POM. Sí, he comido con él en tu casa la víspera de su marcha.

CLOT. Pues bien, he recibido hace poco una carta en la que

me dicen que no ha salido de París, y que asiste diariamente al teatro de Montmartre. En suma, que ese fué un viaje simulado y que me engaña. Mira.

POM. ¡Un anónimo!

CLOT. Lee.

POM. (Recorriendo con la vista el papel.) ¡Quita de ahí, Clotilde, estas cosas se arrojan al fuego!

CLOT. (Sentándose en el sofá.) Sí, amigo mio, pero se leen. Yo me he dicho lo que tú. ¡Qué indignidad, acusar á mi Andrés de semejante traicion! ¡Suponer que vá todas las noches á ese Teatro por alguna cómica! ¡Vamos, eso es estúpido! Ya no pienso ir á donde me indican. ¡Sería indigno de él y de mí! Y sin embargo, confieso que iba allá, y á no ser por esa jóven...

POM. Que te libró de cometer una bajeza. Clotilde, tú lo has dicho.

CLOT. Pues para pagarle mi deuda, quiero que me proporciones ocasion de hacer en favor suyo todo lo que me sea posible.

POM. ¿Es decir que deseas entrar á medias conmigo en la tarea de salvarla?

CLOT. Con toda mi alma.

POM. Gracias. Pues bien, voy á poner manos á la obra en seguida. (Cogiendo el sombrero.) No hago más que meterte en el coche.

CLOT. ¡Cómo en el coche! ¿Marcharme? Vamos, es preciso ser lógico, Felipe, y si quieres que yo te ayude...

POM. Sí; pero desde tu casa. Mañana, á distancia.

CLOT. ¿Por qué?

POM. Porque ya te he dicho que esta es una casa...

CLOT. ¡Bah! Una casa donde se come...

POM. Sí, donde se come y se juega. Es preciso confesártelo todo, prima. Esta es una casa de juego. Nuestra protegida está hundida en plena corrupcion, y hay que sacarla de aquí á nado. Déjame hacer de perro de Terranova: tú harás más tarde de hermana de la Caridad.

CLOT. (Que se fija con gran curiosidad.) ¡Ah! ¿Conque esta es una casa de juego? ¿Y quiénes juegan?

POM. ¿Quiénes han de jugar? ¡Los jugadores! Los que viven del juego, y los que mueren por el juego. Los jugadores de pasion, y los jugadores de profesion.

CLOT. ¡Pues debe ser curioso!

POM. ¡Es simplemente feo!

CLOT. Sí, pero muy curioso...

POM. (Sorprendido mirándola.) ¡Curioso! ¡Ya! ¡Misericordia! Deseas ver...

CLOT. Sí, Felipe, déjame ver eso, te lo ruego.

POM. De ninguna manera.

CLOT. Felipe, amigo mio...

POM. ¡Pero qué epidemia de curiosidad entre las mujeres honradas! ¡Todas son así!

CLOT. Mira, primo, este es un contrato. Ó me encargo de tu protegida, en cuyo caso me quedo, ó me marcho, te la abandono y voy á ese Teatro. ¡Elige!

POM. ¡Ah, Clotilde! ¡Amenazarme con hacer perder á esa desgraciada una proteccion como la tuya! ¡Yo que parto mañana!...

CLOT. ¿Es decir, que me quedo?

POM. Pues bien, no te concedo más que media hora de este espectáculo. . Y estoy tranquilo: el disgusto te hará salir ántes... Pero no has de hablar más que con la pobre Fernanda.

CLOT. ¿Y cuándo la sacamos de este infierno?

POM. Mañana mismo.

CLOT. Mañana, corriente.

POM. ¿Me lo prometes?

CLOT. Te lo juro.

ESCENA XII.

LOS MISMOS, la SEÑORA SENECHAL y FEDERICO.

SENECH. (Desde fuera.) ¿Pero qué ha sido?

POM. (Con rapidez á Clotilde.) ¡La madre!

CLOT. ¡Ah! Oblígala á hablar. (Se sienta.)

SENECH. (Entrando muy trastornada.) ¡Cómo! ¿La atropelló un coche? ¿Dónde está?

POM. No ha sido nada, señora, únicamente el susto.

SENECH. Sí, eso me dicen. ¿Pero dónde está?

POM. (Hace señas á Federico para que levante el portiers, y se oyen entónces voces y carcajadas.) Á la mesa.

SENECH. (Despues de haber mirado.) Sí, es verdad. (Federico baja la cortina.) ¡Pero, Dios mio! ¡La única vez que me he retrasado un poco!

POM. Vamos, tranquilícese, y dé gracias en primer lugar á la señora que ha traido á la niña en su carruaje.

SENECH. (Fijándose en Clotilde por primera vez y levantándose.) ¡Ah! ¡señora! ¡Le debo esa atencion! Gracias con toda mi alma. (Va á cogerle la mano, pero se detiene.) (Á Pomeról.) ¿Pero la señora sabe dónde está?

POM. Sí, lo sabe; pero tiene el pecadillo de la curiosidad...

SENECH. Comprendo... ¡Si viera usted, señora, qué poco agradable es...

POM. Esa es mi opinion, pero si es tambien la suya, ¿cómo?...

SENECH. ¿Cómo sigo en esta vida, no es así? (Durante este diálogo, juego entre Pomerol y Clotilde, que le hace señas para que la obligue á hablar.)

POM. Exactamente. Usted no habrá tenido siempre casa de juego.

SENECH. (Plegando un chal.) ¡Ah! ¡Si me hubieran predicho esto el dia de mi boda! Me casaron á los diez y seis años, señora. Mi marido, despues de devorar mi dote, me abandonó cobardemente, es decir, se levantó la tapa de los sesos, por no ver nuestra ruina. Yo estaba entónces criando... Todo fué vendido: la casa quedó vacía, y... ni un pariente, ni un amigo que nos socorriera. Sola, con una niña de seis meses en los brazos, llegué á París...

CLOT. ¡Pobre mujer!

SENECH. Decidida á trabajar, á luchar contra el infortunio. Di

lecciones de piano, pinté abanicos... ¡apénas ganaba para comer, trabajando día y noche! ¿Y usted no sabe, señora, lo terrible que es la miseria al lado de una cuna donde llora una niña?... Por fin, ¿qué había de hacer? ¡Necesitaba dar pan á mi hija!

CLOT. ¿Y es usted feliz de ese modo?

SENECH. ¡Feliz! ¡Ah! No. ¿Cómo he de ser feliz viendo á mi hija ahí dentro? ¿Pero qué hacer de ella? ¿Un oficio? Ya sé por experiencia á qué atenerme. Pensé en dedicarla al Teatro, pero es triste y tímida por naturaleza. El cielo la había hecho para ser una buena mujer de su casa; labraría la dicha de un hombre honrado, pero la fatalidad no lo quiso así. ¡Ah, señora, cuando pienso en ésto, se me oprime el corazon! Pero la costumbre... Todo se olvida.

CLOT. Sin embargo, no debe continuar aquí, donde no vé mas que malos ejemplos.

SENECH. Es verdad. Pero hay situaciones irremediables. (Carcajadas y risas en el comedor. Se levanta el portiers.) Ya se levantan de la mesa. ¿Se queda usted, señora?

CLOT. Sí, me quedo.

SENECH. ¡Una señora como usted, en medio de esa gente!...

CLOT. (Cogiendo un velo.) No me verán. Sobre todo, no diga usted á su hija que estoy yo aquí.

SENECH. (Sorprendida.) ¡Ah!

CLOT. Quiero verla, y acaso la ayude á usted á sacarla de esa situacion.

SENECH. (Vivamente, con agradecimiento.) ¡Oh, señora!... (Se abre la puerta.)

CLOT. No te separes de mí, Felipe.

POM. Descuida. Pero ya sabes; media hora nada más.

CLOT. Es bastante.

POM. Es demasiado.

ESCENA XIII.

LOS MISMOS, FERNANDA, AMANDA, GIBRALTAR, ROQUEVILLE, BRACASIN, ANATOLIO. EL COMENDADOR y otros convidados y jugadores que llegan poco á poco. Entran ruidosamente unos despues de otros, como gente que ha comido bien.

AMANDA. (Que entra la primera con Gibraltar.) Aquí está la Senechal.

GIB. Buenas noches, Senechal. Hoy te perdiste una buena comida. El Comendador ha pagado el *Champague*, y Bracasin estuvo tan gracioso...

SENECH. (Sin escucharle.) Pero, Fernanda... ¿Fernanda?

FERN. ¡Mamá! (Se arroja á su cuello.) ¿Estabas ahí?

SENECH. (Besándola.) Sí, hablaba de tí, con...

POM. Conmigo.

FERN. (Tendiéndole la mano.) ¡Ah, señor de Pomerol! (Á su madre.) (¿Pero, cómo has vuelto tan tarde?)

SENECH. ¿Conque no te has hecho ningun daño? ¿Ese accidente?

FERN. ¿Qué, sabes?... No, nada, te lo aseguro.

AMANDA. Sí, sí, ya puede usted quererla... Es una buena hija. No comió nada, porque no la veía á usted á la mesa. (La Senechal continúa acariciando á Fernanda.)

BRAC. (Desde el fondo.) ¿Y el café?

ROQUEV. (Á Federico que prepara la mesa en el fondo.) ¡El café, los licores, pronto!

ANAT. Pero, y mi amigo? ¿Qué ha sido de mi amigo?

POM. Se ha marchado.

ANAT. ¿Cómo es eso? ¡Vaya un comportamiento!

AMANDA. ¿Y usted? ¿Por qué no ha comido?

POM. No pude... No estaba solo...

AMANDA. (Viendo á Clotilde que se oculta bajo el velo.) ¡Ah, perdon! (Á Gibraltar.) ¡No es mala figura!

GIB. (Á media voz.) Se tapa. ¿Es que es fea!

COM. (Ofreciendo un cigarro á Pomerol.) ¿Quiere usted fumar un cigarro hecho con mi propio tabaco, por mis propios esclavos?

POM. No; muchas gracias, quizá sea un recuerdo de su señora madre. (Amanda hace arpegios en el piano.)

GIB. Amanda, toca un vals. (Amanda empieza una mazurka. Gibraltar y Anatolio bailan, éste fumando. Roqueville ofrece licores. Gibraltar bebe. Anatolio sentado en un rincon, toma café. Gran animacion en todos los personajes indicados.)

CLOT. ¡Qué gente más original!

POM. ¿Original solamente?

CLOT. Dame algunos datos. ¿Quién es aquel de los anteojos que está en el fondo?

POM. Un provinciano. Algun padre de familia de Conlommiers ó de Carcassone que tiene sus vicios, y que los trae de cuando en cuando á París para que tomen el aire.

CLOT. ¿Y ese otro que está en el rincon? ¡Tiene un aire siniestro!

POM. ¡Oh, ese es todo un drama! Es un antiguo escribano que, arrastrado por el juego, arruinó á toda su familia, mató á su mujer á pesadumbres, y fué causa de que su hijo muriese en un duelo.

CLOT. ¡Qué horror! ¿Y ese pequeñito, que marca el compás con la cabeza?

POM. Ese, es todo lo contrario. Vivo, alegre, es una ardilla. Está en una casa de comercio: roba á su principal, juega lo que roba, pierde lo que juega, y vuelve á robar lo que pierde,.. Es un mozo de porvenir. (Van hácia el fondo.)

ROQUEV. Vamos, señores, ha concluido el café: no perdamos el tiempo.

TODOS. Sí, sí.

ROQUEV. (Á Federico que dispone la mesa.) ¿Está cerrado todo?

FED. Todo.

ROQUEV. ¿Y los perros?

FED. Sueltos.

ROQUEV. (Examina la campanilla de alarma.) ¡Y alerta!

FED. Está bien. (Reaparecen la Senechal y Fernanda.)

ROQUEV. Vamos, señores, vamos al juego. (Se preparan las mesas.)

SENECH. Fernanda...

FERN. Voy, madre. (Baja á la derecha y abre un armario de donde saca barajas.)

ROQUEV. (Á Fernanda, á media voz tomándole las barajas de la mano, á medida que las saca.) Quiero hablar con usted esta noche. ¿Me oye usted?

FERN. Si señor. (Roqueville vuelve con las barajas. Fernanda lleva otras al comedor, donde se instalan otros jugadores.)

BRAC. Pero, señores, más deprisa. Estamos perdiendo un tiempo precioso.

TODOS. Sí, sí, deprisa. (Se van colocando. Vuelven Clotilde y Pomerol.)

CLOT. Dime: ¿por qué se pone un gorro de seda negra aquel viejo?

POM. ¡Oh, Maresquier! Es su manía... Por nada del mundo jugaría sin el gorro. Viene haciendo lo mismo hace diez años.

CLOT. ¿Y de ese modo gana?

POM. Jamás.

CLOT. Entónces...

POM. Las supersticiones no se razonan. El notario no se atrevería á jugar sin apilar el oro de cierta manera. Anatolio nos ha ganado durante dos meses, merced á una telaraña que traia en su reloj... Bracasin, que se rie de semejantes locuras, magnetiza las cartas, y Gibraltar, que las desprecia, evoca el espíritu de Mazzarino, el fullero más grande de su tiempo.

CLOT. ¡Dios mio! ¡Qué gente tan graciosa!

POM. ¡Sería el cuento de nunca acabar! (Comienza el juego. Fernanda saliendo del comedor, ha venido lentamente por la derecha hasta el sofá, donde cae abatida.)

CLOT. ¡Héla aquí sola! Este es el momento.

POM. Sí. (Se dirige suavemente á Fernanda que entregada á sus refle-

xiones no le vé llegar. Ruido de jugadores.)

FERN. ¡Ah! ¿Todavía está usted ahí, señor de Pomerol?

POM. Sí, hija mia, sí.

FERN. Hace usted mal en quedarse.

POM. No, yo no juego ya; estoy bien curado.

FERN. Se cree eso muchas veces... Y á lo mejor un dia... (Clotilde se aproxima tambien y escucha detrás del sofá.)

POM. No ocurrirá conmigo. He jurado á la mujer que amo no tocar una carta en mi vida.

FERN. (Sin ver á Clotilde.) ¡Ah! Entónces... ¡Si ama usded de veras!...

POM. ¿Se resiente usted todavía de ese accidente de hace poco?

FERN. No, nada.

POM. Como la veo tan triste...

FERN. ¡Oh! ¡Ya me conoce usted! Nunca suelo estar muy alegre.

POM. Y no tiene usted muchos motivos para estarlo... (Risas y gritos de los jugadores en el fondo.) ¡Todo esto es tan poco agradable de ver y de oir.

FERN. Ellas se divierten... se rien... son muy dichosas.

POM. ¿Las envidia usted?

FERN. ¡Dios mio! sí; las envidio! Les gusta esa vida, mientras que á ¡mí... (Despues de un silencio.) ¡Y decir que hay mujeres que á estas horas trabajan al amor de la lumbre, al lado de su marido que descansa y de sus hijos que duermen! ¡Yo no conoceré eso nunca, no, jamás! ¡Y sin embargo, la ambicion no era muy grande!... ¡La última de las campesinas posee esa felicidad!

POM. (Estrechándole la mano amistosamente.) ¿Y por qué, pobre niña, no la ha de poseer usted como las demás?

FERN. (Moviendo tristemente la cabeza, y luchando con las lágrimas.) ¡Ah, señor de Pomerol! He perdido ya toda esperanza. ¡Ya no me quedan fuerzas ni valor! ¡No puedo más! ¡No puedo más!

POM. Pero, hija mia, veamos... Vaya, ¿á qué viene eso?

¡Lágrimas!

FERN. (Sollozando.) ¿No era mil veces preferible morir? ¡Cuándo pienso que si estuviera muerta estaría tan tranquila!...

POM. (Vivamente.) Calle usted, desgraciada! Conque es cierto lo que se dice... y ese coche... ¿ha sido usted misma la que se arrojó entre las ruedas?

FERN. (Vivamente.) ¿Quién dice eso?

POM. Basta conque lo sepa yo.

FERN. ¿Lo sabe mi madre tambien?

POM. No, ella no.

FERN. ¡Ah! ¡por Dios, no se lo diga usted á mi madre! ¡Á ella, no, se lo suplico!

POM. Á nadie, hija mia. ¿Pero usted que habla de su madre, no pensó como estaría la pobre ahora, si por desgracia?...

FERN. Yo no pensaba en nada... ¡Había perdido la cabeza!

POM. ¿Jura usted no volverlo á hacer más?

CLOT. (Cogiendo la mano de Fernanda.) ¡Volver á hacerlo!... ¡Ahora que ya no está sola!

FERN. (Reconociéndola.) ¡Señora!

CLOT. Soy yo, sí; que he vuelto para consolarla, y mantener la promesa que le hice.

FERN. ¡Ah, señora! Será una caridad bien empleada, se lo aseguro.

CLOT. Pues bien, mañana en mi casa á las cinco. Yo me encargo de usted y de su madre tambien. Está convenido?

FERN. (Besándole las manos.) ¡Dios se lo pagará á usted!

CLOT. ¡Silencio! Nos están mirando. Enjugue usted sus ojos.

ROQUEV. (En el fondo, vivamente.) ¡Suspended el juego! ¡Ladran los perros!

JUGAD. (Espantados.) ¡Ladran los perros!!

BRAC. ¡La policía!

TODOS. ¡La policía!

BRAC. (Al Comendador.) ¡Cuidado con el dinero, amigo mio, no

hay que aproximarse tanto!

COM. ¡Yo!

ROQUEV. (Con autoridad.) ¡Silencio todo el mundo! (Movimiento de espanto. Las barajas se sustiyen con tableros de damas. Las mujeres sacan labor del bolsillo y trabajan. Amanda toca el piano: un aficionado canta, otros marcan el compás, etc. etc. Federico aparece en el umbral.

SENECH. ¿Ocurre algo?

FED. No, nada.

ROQUEV. ¿Esos perros que ladran con tanto furor?

FED. ¡Ah, los perros? Es la luna; ladran á la luna. (Todos respiran.)

BRAC. (Tranquilizándose.) ¡El diablo los lleve!

GIB. ¡Hijas mias, qué susto! (Se echan todos á reir y se reanuda el juego.)

BRAC. ¿Quién talla?

ANAT. Yo, yo.

ROQUEV. (Yendo hácia Fernanda, á la derecha.) ¿Quién es esa mujer cuya mano estrechaba usted tan tiernamente?

FERN. ¿Qué le importa á usted, caballero?

ROQUEV. Me importa. No me fio de ese señor de Pomerol, y deseo saber lo que se está tramando entre ustedes hace una hora.

FERN. Nada que le interese á usted.

ROQUEV. Vamos á verlo... Vaya usted á su cuarto, allá voy yo en seguida.

FERN. (Levantándose.) Es inútil, caballero, no voy.

ROQUEV. ¿No?

FERN. Que no.

ROQUEV. ¡Cuidado, niña!.. Tiene usted hace quince dias veleidades de independencia... y á mí me gusta que se me obedezca.

FERN. ¡Oh, es que yo no quiero obedecer! ¡No obedezco más!

ROQUEV. ¡Hola! ¿Conque se trata de una rebelion en regla? Dígalo usted, atrévase á decirlo.

FERN. Pues bien, sí, lo digo.

ROQUEV. (Riendo con risa malévola.) ¡Vamos, loquilla... un poco de juicio!

FERN. ¡Eh, no me toque usted, ó grito!

CLOT. (Llamando la atencion de Pomerol sobre lo que pasa.) ¡Felipe!

ROQUEV. ¿Por qué?

FERN. ¡Porque le odio á usted y le desprecio!

ROQUEV. (Fuera de sí, cogiéndola por un brazo.) ¡Ah! ¡Has de venir de grado ó por fuerza!

FERN. (Lanzando un grito) ¡Ah!

POM. (Saltando al cuello de Roqueville, al que derriba sobre un sofá) ¡Miserable! (Todos los jugadores se levantan en tumulto.)

SENECH. (Acudiendo y cogiendo á su hija en brazos.) ¡Hija mia!... ¡Se atreve á tocar á mi hija!

ROQUEV. (Furioso.) ¡Suélteme usted! (Bracasin y Anatolio los separan.)

POM. ¡Torturar á esa niña!

ROQUEV. (Fuera de sí.) ¿Y á usted, quién le mete en esto? No puedo hablar tranquilamente con mi... (Movimiento en todos.)

POM. ¡Acaba, y te estrangulo!

SENECH. ¡Mi hija!... ¡Miente el infame!... ¿Fernanda?...

FERN. (Desfallecida.) ¡Madre mia, sáqueme usted de aquí!

ROQUEV. (Desprendiéndose.) ¡Oh! ¡Yo me vengaré!

SENECH. (Volviendo á él, y contenida por Pomerol.) ¡Vengarte!... Ahora no te tengo miedo, cobarde...

AMANDA y GIB. ¡Vamos, Senechal!

SENECH. (Furiosa.) ¡Y salid todos, todos con él! ¿Lo oís? (Abre la ventana de par en par.) ¡Salid ó llamo!

AMANDA. (Espantada.) ¡Oh, eso no!

ANAT. ¡Diantre! ¡Pero esa mujer está loca!

BRAC. ¡El Comendador ha cogido mi dinero! ¡Eh! ¡Comendador! (Sale corriendo. Los jugadores recogen sus puestas y salen durante lo que sigue.)

ROQUEV. (Á Pomerol.) Yo le buscaré á usted. (Se lanza fuera.)

POM. ¡No te lo aconsejo!.. ¡Vamos, Clotilde, pronto! No debe andar léjos el Comisario. Mañana volveremos por la niña.

CLOT. (Dispuesta á salir con Pomerol.) ¡Pobre criatura!... Ahora comprendo por qué quería morir. (Clotilde y Pomerol llegan hasta la puerta. Senechal abrazada á su hija. Cuadro. Telon rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon en casa de Clotilde.

ESCENA PRIMERA.

CLOTILDE y PAULINA.

Clotilde está sentada en el sofá y lee. Paulina entra vivamente y hablando á la doncella que le abre la puerta.

PAUL. ¿No está aquí el señor de Pomerol?... ¿No está, no es verdad?

CLOT. ¿Tu marido?

PAUL. ¡Mi marido, sí... sí, mi marido!

CLOT. Pues no, ya lo ves.

PAUL. ¿Conque no? ¡Estaba segura!

CLOT. ¡Jesús! ¡Qué entrada! ¿Qué ocurre?

PAUL. ¡Ah, prima, tú me echas en cara á menudo lo que llamas mis absurdos celos! Pero esta vez ¡oh! esta vez...

CLOT. ¡Esta vez! ¿qué?

PAUL. ¡Que no transijo! ¡No, no! Á las ocho de la mañana se marcha diciéndome: voy aquí, después allá, despues á casa de Clotilde, y estaré de vuelta á las tres: son las

cinco y no ha venido aún... ¡Esto es demasiado! (Se sienta á la izquierda.)

CLOT. Pero querida, por un día, francamente... Un abogado que tiene que ir á informar tan lejos... ¡Estará en el Tribunal!

PAUL. (Levantándose.) ¡Sí! ¿Y ayer noche que se retiró despues de las doce estaría en el Tribunal tambien?

CLOT. ¿Ayer? ¿No te dijo nada de lo que hizo anoche?

PAUL. ¡Nada!

CLOT. Pues hija, es que cree que á tí no te importan esas cosas. Y á la verdad le pones en ridículo con esos celos inmotivados...

PAUL. ¡Inmotivados! ¡Un hombre cuya juventud ha sido tan borrascosa!

CLOT. (Levantándose.) Razon de más para que te tranquilices. No hay maridos más sensatos quo esos antiguos calaveras... Créeme.

PAUL. ¿Sensato? ¿Él? ¡Si no encuentro más que mujeres en su despacho!

CLOT. ¡Mujeres!

PAUL. Sí. En cuanto registro un poco sus papeles no veo más que cartas, fotografías... Mira, mira lo que encontré hace un momento mientras que hacía sus preparativos de viaje... (Enseña algunos retratos.)

CLOT. ¿Retratos?

PAUL. De mujeres... Mira esta qué descotada está la sin vergüenza... y ésta con un peinado tan llamativo... y ésta otra que parece que se está riendo de mí en mi cara. ¡Y qué dedicatoria! Mira... «¡Lola, á mi idolatrado *mimito*!»

CLOT. (Sin saber qué decir.) ¡Dios mio, yo no sé... antiguas clientes acaso...

PAUL. ¡Ya pareció aquello!... ¡Clientes! ¡Esa es su palabra! Cuando viene á verle alguna mujer, que se tapa con el velo, y con la que se encierra durante horas... ¡Una cliente! Y si yo quiero quedarme... ¡oh, no! ¡El secreto de la profesion! ¿Pero ese velo? No tiene nada de

particular: á nuestra casa, se viene como á casa de los médicos... ¡Y dale con los médicos!—Paulina, hija mía, no seas ridícula... ¡Vete á tu cuarto!... Yo me voy; pero con una sangre... ¡Y lloro!... es decir, lloraba; porque ahora he inventado un procedimiento para mi seguridad.

CLOT. ¿Un procedimiento?

PAUL. Sí: hice un agujero en el tabique, por donde veo todo lo que pasa en su gabinete.

CLOT. ¿Y has visto algo?

PAUL. ¡Oh! ¡La primera vez, hace ocho dias, un escándalo!.. Era una rubia, alta, con la mantilla echada hasta aquí Entra, cierra la puerta: yo me instalo en mi observatorio, quita su velo... ¡era muy bonita! Mi marido se aproxima y ella habla... habla. Yo veía perfectamente, pero no oía nada. De pronto se levanta, y desabrocha su justillo...

CLOT. ¡Ah!

PAUL. ¡Descubriendo todo el hombro!

CLOT. ¡Oh!

PAUL. Ya puedes comprender que no esperé más... Me lanzo á la puerta, llamo, grito: Felipe abre asustado, la mujer se compuso precipitadamente... ¡Cuadro! ¡Explicaciones!... Yo no tenía razon...

CLOT. ¿Cómo?

PAUL. Aquella mujer quería entablar demanda de divorcio, y enseñaba á Felipe los cardenales que le había hecho su marido... Y yo los ví tambien, no cabía duda. Eran cardenales legítimos.

CLOT. ¿De modo que te habrás corregido de tus malditas sospechas?

PAUL. No, y ya ves que tengo razon, porque en fin, esas cartas...

CLOT. ¡Bueno! Pero eso ya pasó... Han sido cosas de la juventud...

PAUL. Es que yo tambien tengo celos del pasado... La idea de que haya dicho á otra mujer... ¡yo te amo!... ¡Oh!

¡Y si siquiera no hubiese dicho más que esto!... ¡Y si no hubiese hecho más que decirlo! Creéme, cuando pasa una mujer por la calle y le mira un poco, en seguida pienso... ¡esta es una de ellas! ¡y con qué gusto le arrancaría los ojos!... ¡Comprendo el crímen!

CLOT. Pero has de tener en cuenta, Paulina, que tu historia es la historia de todas las casadas.

PAUL. Eso no me consuela.

CLOT. Y la verdad, un marido que ántes no hubiese amado nunca, pobres garantías de seguridad ofrecería, sin contar que sería un poco ridículo.

PAUL. ¿Ridículo? ¡Ya pareció la gran palabra! ¡Bonito argumento! Cien queridas el señor ántes del matrimonio... ¡muy bien!... ¡Un solo novio la señora, muy mal!

CLOT. Sin duda.

PAUL. Pues yo encuentro eso indigno y monstruoso. ¿Porqué él no me ha traido las primicias de su corazon como yo le entregué las del mio?

CLOT. ¡Vámos, inocente!

PAUL. Inocente no es una razon. ¿Por qué exigen de nosotras virtudes que no tienen ellos?

CLOT. Porque esas virtudes son las que nos dán todo el prestigio que á sus ojos tenemos. Si en nosotras las estiman tanto, es que se reconocen incapaces por su parte de tenerlas. Quéjate de esta superioridad que nos conceden.

PAUL. ¡Mucho me importa á mí la superioridad! La igualdad me basta.

CLOT. Pues, hija, el dia que no seamos más que sus iguales, qué inferiores vamos á ser.

PAUL. En fin, tú no tienes celos, ¿no es verdad?

CLOT. Tanto como tú ó más.

PAUL. Pero sólo del presente.

CLOT. Me parece que es bastante.

PAUL. ¿Y serías celosa como yo, hasta morder, hasta desgarrar, hasta matar?

CLOT. Es posible.
PAUL. Por ejemplo; ¿si te engañaran, qué harías tu?
CLOT. ¿Yo?
PAUL. Si.
CLOT. (Muy conmovida.) ¡Lo que... eh! no lo sé, ni deseo que llegue el caso de saberlo... Pero dejémonos de tonterías. (Vá á la chimenea.)
PAUL. (Subiendo.) Al contrario, y puesto que estamos en este capítulo, ¿quieres permitirme, prima, un consejo?
CLOT. ¿Un consejo?
PAUL. Sí: sobre tu futuro matrimonio.
CLOT. Habla.
PAUL. Ayer estuve de visita en casa de Hortensia... de Hortensia, que es tan dulzona y tan falsa.
CLOT. ¿Y bien?
PAUL. Pues al mismo tiempo que hojeaba un álbum, prestaba oido á cierta conversacion que se sostenía un poco más léjos á media voz, y en la que acababa de ser pronunciado tu nombre... Pero... decía uno... «¿para cuándo es ese famoso matrimonio?» «No sería ya muy prematuro» dijo otro, «porque, en fin, conviene saber á qué atenerse... el Marqués la acompaña demasiado... En este momento me habló no sé quien, y no pude oir lo demás, salvo esta frase de la caritativa Hortensia: «pues Clotilde se ha comprometido algo más de lo que era de razon. Si la cosa no acaba en matrimonio...»
CLOT. ¿Qué me he comprometido?
PAUL. Esa ha sido la palabra que me ha decidido á enterarte del incidente. ¡Oh, qué antipática me es esa Hortensia, tan murmuradora y tan hipócrita!
CLOT. Sí, es una criatura mal intencionada. (Toca un timbre muy inquieta.) Teresa, ¿han venido del telégrafo?
TERESA. No, señora, aún no.
PAUL. ¿Esperabas algun despacho?
CLOT. Sí, de Andrés.
PAUL. ¡Pero, qué inquieta estás! Vamos, me consuela el no-

ser yo la única...

POM. ¿La señora está visible?

PAUL. ¡Mi marido! Por fin... Sí, sí, pase usted.

ESCENA III.

LAS MISMAS, POMEROL.

POM. ¡Ah, Paulina! ¡Tanto mejor!... Buenos dias, Clotilde.

PAUL. ¿De dónde viene usted, caballero?

POM. De muchísimas partes.

PAUL. ¿De dónde viene usted?

POM. ¡Una escena de celos! ¡Por Dios, escucha! Déjala para mi regreso, te lo suplico.

PAUL. ¡Traidor!

POM. Tanto más, cuanto que estoy de un humor...Acabo de revolver todos mis papeles, sin poder encontrar un paquetito que buscaba.

PAUL. Pues bien; ¡yo encuentro sin buscar!

POM. ¿Qué?...

PAUL. (Poniéndole las tarjetas ante la cara.) Esto.

POM. ¡Ah! hélo aquí.

PAUL. ¿Eh?

POM. Esto era lo que buscaba... ¡Y es ella quien lo tiene!

PAUL. Sí, soy yo.

POM. Debía habérseme ocurrido... Pero, qué manía de registrar todos mis legajos.

PAUL. ¿Esto es un legajo?

POM. Sí, un legajo de la causa que he defendido la semana última.

PAUL. ¿La mujer de los cardenales?

POM. La mujer de los cardenales. Injurias y sevicia. El marido, introduciendo mujeres en el domicilio conyugal: hay pruebas fehacientes. Además, tenemos estas fotografías, con dedicatorias incendiarias...

PAUL. ¿Entónces el querido *mimito*?...

POM. ¡El marido!

PAUL. ¿Conque no eras tú?

POM. ¿Yo? Bueno estoy yo para mimos.

PAUL. (Cerrándole la boca.) Bueno, bueno, basta, le perdono á usted esto.

POM. (Besándole la mano.) Gracias.

PAUL. ¿Pero esto otro? (Le enseña una cajita.)

POM. ¿Más todavía?

PAUL. Esta miniatura que encontré en el cajon de la mesa de despacho...

POM. ¿Una miniatura en mi mesa?

PAUL. Un retrato de actriz, en traje Luis diez y seis, y empolvada... (La abre y enseña.) ¡Niéguelo usted!

POM. (Mirando.) ¡Mi bisabuela.

PAUL. ¿Su?... Una mujer tan jóven... Imposible.

POM. El año ochenta y nueve.

PAUL. (Estupefacta.) Ah!

POM. (Á Clotilde.) ¡Está loca, loca, loca! (Se sienta.)

PAUL. Bueno, basta, le perdono á usted eso tambien... ¡Pero hay tantas otras cosas!

POM. ¿Y mi maleta... y mi ropa blanca, está todo dispuesto?

PAUL. (Muy contenta.) ¡Dios mio! voy en seguida... Déjame ver un momento... (Mira el retrato.) Sí, esto es antiguo, se conoce á la legua... ¡Ah! ¡Cuánto te amo y qué contenta estoy! ¡Júrame (Á media voz.) que no me engañarás en Córcega!

POM. Lo juro.

PAUL. Por esta venerable imágen.

POM. Por la memoria de mi bisabuela. Sí... Mis maletas.

PAUL. Voy á arreglarlas... Pero has de volver pronto... ¡Ah, qué contenta, qué contenta estoy!

ESCENA IV.

CLOTILDE, POMEROL.

CLOT. Confiesa que te ama con todo su corazon.

POM. Y convengamos en que yo la quiero con toda mi alma.

CLOT. Te creo.

POM. ¿Tienes noticias de Andrés?

CLOT. Sí, recibí carta suya esta mañana.

POM. ¿De Blois?

CLOT. Así dice el sello... llegó precisamente cuando acababa de expedir un telegrama para saber si Andrés está efectivamente en Turena... Espero la respuesta.

POM. ¿Es decir que tienes sospechas todavía?

CLOT. Sí, Felipe, sí. No es la primera vez que me pregunto si continúa amándome como ántes... En fin, ¿qué he de decirte á tí? Demasiado sabes lo que es el amor. Añade á esto la parte de la mujer, y de sus nervios, y de una mujer bastante celosa por naturaleza.

POM. (Con intencion.) Y bastante nerviosa.

CLOT. (Mirándole mucho.) Y un poco loca quizá.

POM. Quizá.

CLOT. (Despues de pensar un poco como si tuviera otra idea y no pudiera desecharla.) Mira, tienes razon... Dejémos á un lado mis temores ridículos, y hablemos de nuestras protegidas... porque supongo que habrás hecho todo lo que habíamos convenido?

POM. Absolutamente todo. (Despues de una pausa, se sientan, y Pormerol, con aire compasivo mira á Clotilde y habla.) Á las nueve de la mañana estaba en la calle de las Acacias, (Movimiento en Clotilde.) dónde encontré á esas infelices mujeres bastante tristes, como puedes imaginarte.

CLOT. ¿Y no nos hemos engañado? Ese infame Roqueville...

POM. ¡Ay, sí!

CLOT. ¡Qué desgracia!

POM. Fué en el momento que prendieron á su madre. El miserable la había prometido que la sacaría de la prision, y abusando de que estaba sola, sin defensa, á fuerza de promesas y de amenazas...

CLOT. ¡Pobre niña! ¿Y ambas estaban decididas á abandonar la casa?

POM. Tenían hechas las maletas y vendido el mobiliario. Inmediatamente las conduje en un coche de plaza al hotel de Normandía, como dos provincianas que acaban de llegar de su pueblo.

CLOT. (Levantándose.) Muy bien; lo demás me toca á mí. Supongo que no pensarán seguir en el hotel?

POM. No; esperan tus instrucciones... Mira, allí las tienes sentadas en aquel banco... (Se aproximan ambos á la ventana.)

CLOT. ¿Pero qué hacen allí? ¿Por qué no suben? Es menester que hable yo con ellas.

POM. (Hace señas á la ventana.) Estaba seguro de que las recibirías en seguida. Las pobrecillas no se atrevían... Ya me han visto: es la señal convenida para decirles que pueden subir. Perfectamente: te dejo con ellas; ya va siendo hora.

CLOT. ¿Cuándo vuelves de Córcega?

POM. Dentro de un mes: de seis semanas acaso... No lo sé á punto fijo. Ya conoces mis señas en Bastia. Hotel Paoli.

CRIADO. (Entrando.) Unas señoras preguntan...

CLOT. (Interrumpiéndole.) Qué entren. (Se introduce á Fernanda y su madre.)

ESCENA V.

LOS MISMOS, FERNANDA, LA SENECHAL.

POM. (Yendo á Fernanda y tomándole la mano.) Mi querida Clotilde... aquí está una niña que tiembla, pero que dejará de tener miedo cuando te conozca tan bien como te conozco yo.

CLOT. (Cogiendo la mano de Fernanda.) ¿Pero de veras tiembla usted?

FERN. Un poco, señora.

POM. Vamos, adios, Fernanda. Las dejo á usdedes en mejores manos que las mias.

CLOT. Te tendré al corriente de todo, Felipe. ¡Buen viaje!

POM. (Estrechándole la mano.) Gracias, prima, y hasta la vista.

CLOT. ¡Hasta la vista!

ESCENA VI.

CLOTILDE, FERNANDA, SENECHAL.

CLOT. Ahora, hablemos las tres. (Les indica que se sienten en el sofá.)

SENECH. Es usted tan buena para nosotras, señora, que ni mi hija ni yo sabemos cómo darle las gracias.

CLOT. Ya me las darán más tarde, cuando haya hecho algo por ustedes. ¿Me ha dicho Pomerol que estaban en un hotel?

SENECH. Si, señora, esperando. No hemos querido hacer nada sin consultarlo con usted.

CLOT. Pues bien, voy á hacer á ustedes una proposicion. (Levantándose.) Yo tengo allí, en esta casa, que es de mi propiedad, y del otro lado del patio, (Señala la ventana.) un cuartito amueblado que ocupaba ántes mi mayordomo. Nos viene que ni pintado. Un gabinete para usted, otro para su hija. Una sala, un piano: ¿toca usted el piano, hija mía?

FERN. Sí, señora.

SENECH. Me atrevo á decir que toca admirablemente, y que es música de corazon.

CLOT. Tanto mejor. Es un talento que procuraremos utilizar. ¿Si mi proposicion les agrada?...

SENECH. y FERN. ¡Oh, señora!

CLOT. Entónces está hablado. Vamos á ver juntas las habitaciones. Un criado irá á recoger los equipajes al hotel, y no tendrán más que instalarse. ¡Ah! una palabra: conviene á ustedes y me conviene á mí que no entren en esta casa con el nombre que usaban en...

SENECH. Era un nombre postizo, señora. Gracias á Dios, nadie me conoce en París por mi verdadero nombre.

CLOT. Pues el nombre verdadero es el que hay que tomar. ¿Su marido de usted se llamaba?...

SENECH. De la Briere, y ya en el hotel se me conoce por ese.

CLOT. Y por el que la conocerán en mi casa. Usted será para todo el mundo la viuda del señor de la Briere, comerciante de Provincia que murió arruinado. Hasta aquí vivieron en un pueblo con lo poco que les dejó, y ahora vienen á París á buscar una colocacion que les proporcione la subsistencia.

SENECH. Está bien, señora.

CLOT. Nos vemos obligadas á mentir. La verdad no es conveniente en esta ocasion. (Á Fernanda que llora.) No lo digo para causarle pena, hija mía.

FERN. ¡Ah! no serán estériles sus bondades, se lo juro.

SENECH. ¡Hija mía!

CLOT. Vamos, cálmense ustedes. Toda culpa encuentra misericordia. Sírvale de consuelo, niña, el haber sustraido á la triste vida que le estaba reservada, que no es pequeña felicidad.

ESCENA VII.

LAS MISMAS, TERESA.

TERESA. Señora, la contestacion.

CLOT. (Vivamente.) ¡Ah! ¡Un telegrama! Me permiten ustedes... (Rompe el sobre muy agitada.) «El señor Marqués, »que vino á Blois el miércoles... volvió á partir para »París al dia siguiente por la mañana.» (Sobrecogida.) ¡Al dia siguiente por la mañana! ¡Está en París desde hace cinco dias!

TERESA. (Vivamente.) Tenga cuidado la señora...

CLOT. (¡Ah! sí. Condúcelas, Teresa.) (Alto.) Perdonen ustedes, pero una noticia que acabo de recibir... No puedo acompañarlas... Teresa las guiará.

FERN. Señora, está usted muy pálida. Acaso esa noticia...

CLOT. No, no es nada. Vaya usted con su madre, hija mía. despues hablaremos.

FERN. (Se retira lentamente mirando con inquietud, y dice en voz baja á su madre.) Madre, te aseguro que tiene algun pe-

sar. Yo no me engaño nunca en estas cosas. (Salen con Teresa.)

ESCENA VIII.

CLOTILDE sola y leyendo.

«¡Al dia siguiente, por la mañana!... ¡Sí, desde el jueves! Hace cinco dias, cinco dias que está en París... y que no vive en su hotel... que no le veo... que no sé nada, y que recibo cartas fechadas en Turena, ¡Oh! ¡esto es una infamia! Engañarme así... ¿Pero por qué? Alguna razon hay. Un duelo... un duelo que me ha ocultado... ¡Sí, eso es! No, no es eso. Eso se arregla en menos de cinco dias. ¡Ah! La carta anónima decía la verdad, y mis presentimientos tambien. No me ama, me engaña... Y es por otra por quien... ¡Oh! ¡Si estuviera segura! ¡Y si él no te ama ya, desgraciada, ¿qué puedes hacer? ¡Esto ha concluido! ¡Ah! ¡Dios mío! ¡Qué tortura! ¡Y está aquí, y no sé dónde verle, y no puedo!...

TERESA. (Que viene presurosa y llena de gozo.) Señora, señora, el señor Marqués.

CLOT. ¿Andrés?

TERESA. Acaba de entrar el coche en el patio y dejé á esas señoras para prevenirla. Sube.

CLOT. Por fin... ¡Ah, Dios sea loado! Voy, pues, á saber... Sí, tú me lo dirás todo... á pesar tuyo. ¡Yo sabré arrancarte la verdad! (Estremeciéndose.)

TERESA. Señora, es él. (Se retira.)

ESCENA IX.

CLOTILDE y ANDRÉS.

CLOT. (Alegremente.) ¡Cómo! ¿Eres tú?

ANDRES. (Lo mismo, estrechándole la mano.) Soy yo.

CLOT. Pero sin avisar, sin prepararme...

ANDRES. Ya lo ves.

CLOT. ¿Acabas de llegar?

ANDRES. En este instante.

CLOT. (Sentada en el sofá.) Pues en tu carta me decías que no contara contigo en toda la semana.

ANDRES. Sí, pero circunstancias imprevistas... En fin, héme aquí.

CLOT. Eso es lo importante. Siéntate y hablemos un poco... ¿Cómo has pasado todo este tiempo léjos de mí?

ANDRES. Tuve mil ocupaciones. Arriendos que renovar, reparaciones, partidos de caza... y dos ó tres giras campestes.

CLOT. En suma, que no has tenido tiempo de aburrirte.

ANDRES. Sí, de no verte.

CLOT. (Alegremente.) Nada de madrigales... Confiesa, Andrés, que no has sufrido mucho en esta ausencia... Habla francamente.

ANDRES. (Estupefacto.) No comprendo, Clotilde...

CLOT. (Levantándose.) Vas á comprenderme. Cuando te marchaste, mi querido Andrés, no pude ménos de decirme. «Hé aquí una gran ocasion, una prueba excelente. Desde hace tres años que nos amamos, es la primera vez que nos sucede vivir toda una semana separados. Con tal que de esta ausencia no vaya á sufrir uno sólo.»

ANDRES. (Que se ha levantado.) ¿Y bien? Pero...

CLOT. (Dulcemente.) Déjame acabar, amigo mio. Tu carta de esta mañana me tranquilizó ya en cuanto á tí. Es muy afectuosa, pero algo fria. La ausencia no te arranca más que lamentos muy moderados, los que exige la simple cortesía...

ANDRES. Pero, mi querida Clotilde...

CLOT. (Sonriente.) Déjame concluir. Ya ves que no tengo el aspecto de una mujer colérica ¿no es así? y esta no es una escena de recriminaciones.

ANDRES. Justamente. Lo que me sorprende es la tranquilidad conqué me dices eso...

CLOT. ¡Ay, Andrés! es que me siento aliviada de un gran peso. No tenía más que un temor. ¡Dios mio, si de esta prueba resultára que no puede vivir sin mí, y que mi abandono sería para él un golpe fatal!

ANDRES. ¡Tu abandono!

CLOT. (Continuando.) Pero no... Gracias á Dios la prueba está hecha. Te separaste de mí sin gran pesar, y vuelves á mi lado sin embriaguez... Por manera que habremos tenido la buena fortuna, muy rara en amor, de que comenzando ambos el camino al mismo paso, hénos aquí llegando juntos al término del viaje... muy dulcemente, sin que ninguno de los dos haya proporcionado al otro esa molestia .. de hacerse remolcar algo en el camino.

ANDRES. Pero, Clotilde, ¿qué estás diciendo? Ó yo he entendido mal, ó esa es una despedida.

CLOT. ¡Ay, mi querido amigo! No es otra cosa.

ANDRES. Estaba tan ajeno de esperar...

CLOT. Vamos, Andrés; ¿es posible que ántes de esa partida no hayas notado... que yo no era la misma de ántes?...

ANDRES. ¡Nunca!

CLOT. Entónces he representado bien mi papel, porque ahora ya puedo confesártelo. ¡Cuántas veces, amigo mio, en estos últimos tiempos, sobre todo, me he dicho cuando salias de este salon: ¿tengo yo alguna queja de él?... No. ¿Continúa siendo tan digno de ser amado, tan solícito, tan tierno? Sí. ¿Por qué, pues, siendo el mismo su corazon, ha cambiado el mio? Porque está cambiado, no hay para qué ocultarlo... Ya no le espero con la misma impaciencia. ¡Esta inquietud cuando tardaba un poco, esta emocion tan dulce al sentir el ruido de su coche, el sonido de su voz ó de sus pasos... no la experimento ya... yo le estimo, le considero en lo que vale, tanto y más que nunca! Pero en cuanto á amarle... no, no le amo ya.

ANDRES. ¡Tú, Clotilde! Y eres tú quien... Es usted...

CLOT. ¡Vaya por el usted!... Usted, amigo mio, dirá, ¿cómo

ha sucedido esto? ¿Lo sé yo misma? ¿por ventura lo sé yo? ¿Cómo se disipa el amor? ¡Cómo ha venido! Yo no había ordenado á mi corazon que le amase... tampoco le he prohibido hacerlo... Ahora vuelve atrás como ántes fué hácia adelante... sin consultármelo. ¡Es ley comun que toda cosa tenga su término y que muera de lo que la ha hecho vivir! Yo me encontraba en este punto doloroso... ¡Pues bien, al ménos él no sabrá nada! Me sacrificaré, mentiré... Se creerá adorado como el primer dia, y sufriré sola. ¡Pero qué suplicio, amigo mio, esta mentira de todos los instantes, y cuánto bendigo ese viaje por haberme hecho ver que mi ternura no le era tan indispensable como yo presumía! Mentir ahora sería completamente inútil, ¿no es verdad? Ya lo sabe usted todo, compadézcame usted. Y si mi constancia necesitara excusas, quizá las encuentre en su propio corazon comparando lo que es con lo que fué.

ANDRES. (Sentándose.) Clotilde, es usted una mujer adorable, una mujer... como no existe otra. Su franqueza debería hacerme morir de vergüenza. ¡Qué superioridad tiene usted sobre mí en este momento! Usted ha hablado primero, y sin embargo, yo soy el primer culpable.

CLOT. (Sobrecogida.) ¡Ah!

ANDRES. (Tiernamente.) Su franqueza de usted me obliga... esa historia de su corazon, es la historia del mio, palabra por palabra. Todo lo que usted se ha dicho, me lo he dicho yo... Pero me callaba, sufría... y no sé cuando hubiera tenido valor para hablar si no me hubiese usted dado el ejemplo.

CLOT. (Muy pálida y disimulando su dolor bajo una falsa sonrisa.) ¿De veras?

ANDRES. Tan de veras, que este viaje no ha sido más que un pretexto.

CLOT. ¡Ah! ¿No ha estado usted en Turena?

ANDRES. (Alegremente.) Solo un dia. Ha sido una comedia. Figu-

rese usted que... ¡Ah! ¡con cuánta satisfaccion, con cuánto gozo puedo hablar ahora!... Basta de hipocresía. Ya puedo manifestarme tal cual soy.

CLOT. (Levántandose.) ¿Decía usted que?...

ANDRES. Que no me he tomado más que el tiempo suficiente para llegar allá y confiar á un amigo esas cartas que ha recibido usted, encargándole que las pusiera en el correo, escalonándolas por fechas.

CLOT. ¡Ah! Vaya un medio ingenioso de engañarme.

ANDRES. Hé aquí á lo que nos obliga una situacion falsa.

CLOT. ¿De modo que volvió usted á París secretamente?

ANDRES. (Alegremente.) Al dia siguiente.

CLOT. ¿Hay, pues, otra mujer por medio?

ANDRES. ¡Oh!

CLOT. Andrés, la verdad.

ANDRES. Pues bien, sí. ¿Á qué ocultarlo? Sí, y no: en sueño. sí; en realidad no.

CLOT. ¡Oh!

ANDRES. Créame usted, Clotilde. ¿Que mi pasion se haya extinguido como la suya podrá ser! ¡todo concluye! ¡Pero olvidar lo que debo á usted pagándole con la ingratitud y el ultraje... eso nunca!

CLOT. ¿Conque hay una mujer?

ANDRES. En sueño, en sueño.

CLOT. En sueño sea. ¿Y ese regreso á París ha sido por ella?

ANDRES. Sí.

CLOT. Vamos, confiese usted. Tengo el derecho de ser un poco curiosa... ahora... que no somos más que amigos.

ANDRES. Pero si la cosa es tan inocente...

CLOT. Veamos esa inocencia.

ANDRES. Pues bien, una noche... hace quince dias... aquella en que nos disgustamos un poco, no sé por qué...

CLOT. Sí, ya recuerdo.

ANDRES. Salí de aquí mal humorado, y vagando por las calles, sin rumbo fijo, llegué al boulevard Montmartre, en lo alto de la calle de los Mártires... Ese barrio es bas-

tante animado. Yo iba donde me atraían el ruido y la luz; me sorprendió verme allí, y más aún el encontrarme de improviso enfrente de un Teatro...

CLOT. ¿El teatro Montmartre?

ANDRES. Que apénas conocía de nombre. Por aburrimiento y hasta por curiosidad entré en él... y ya iba á marcharme con indiferencia, cuando mis ojos se detuvieron en dos mujeres que acababan de penetrar en un palco.

CLOT. ¡Ah!

ANDRES. Me parecieron madre é hija. La jóven me impresionó desde luégo; jamás ví facciones de tanta modestia, de tanta dulzura. En una palabra, era una niña encantadora.

CLOT. ¿De modo que ya no pensó usted en salir?

ANDRES. Ya no pensé en salir, y no la perdí de vista en todo el acto. Era este bastante alegre, porque la gente se reia mucho... yo observaba que mi desconocida sonreía solo en los pasajes delicados, no al oir una trivialidad... lo que me dió muy buena opinion de su talento... Pero en cambio, al llegar las situaciones dramáticas lloró tan sinceramente... que formé la más alta idea de su corazon.

CLOT. En suma, que se enamoró usted de esa niña que rie con tanta oportunidad y llora tan á punto.

ANDRES. ¡Enamorado no, interesado, inquieto... mucho! De aquí á observar la finura completamente aristocrática de su mano, la distincion de sus maneras, el buen gusto, la sencillez de su traje... y á construir toda una novela por cuenta de mi desconocida... no hay más que un paso. Pero mi contrariedad fué grande cuando al volver á mi asiento en el último acto, veo el palco vacío. Salgo apresuradamente... ¡Nadie! La noche... un barrio desconocido... Me retiré á mi casa descontento, nervioso, y presa de ese malestar que precede á las grandes crisis.

CLOT. ¿Y al día siguiente?

ANDRES. Al día siguiente por la tarde, la casualidad de la víspera me hizo subir otra vez por la calle de los Mártires.

CLOT. ¿Y la casualidad le llevó otra vez al Teatro?

ANDRES. No, no fué la casualidad, fué la Providencia... En la escalera de Nuestra Señora de Loreto diviso á mi desconocida que se dirigia hácia la iglesia. Sale á poco, la sigo sin ser visto. Entra en una tienda: espero diez minutos, un cuarto de hora, una hora. Exasperado por su tardanza entro allí... la tienda tenía otra comunicacion y mi desconocida se había marchado por ella.

CLOT. ¿Pero no volvió usted á verla.

ANDRES. No, esos encuentros no se repiten. Volvi todas las noches á ese Teatro... más para encontrarla necesitaba tener libres muchas horas, y de aquí que simulára ese viaje á Turena y el secreto de mi regreso. Hace ocho dias que voy á ese Teatro; ¡y en vano!

CLOT. (Levantándose.) Es una historia encantadora.

ANDRES. ¡Ah! Lo encantador, amiga mia, es ver á dos amantes convertidos en amigos. Nada de celos, nada de tormentas... ¡Oh amistad! ¡Qué encanto tiene la de una mujer cuando ésta amistad sucede al amor! Porque yo la amo á usted tanto como se puede amar, aparte del amor se entiende...

CLOT. (Con amargura.) ¡Mi excelente amigo!

ANDRES. No le causarán celos mis pequeñas aventuras... Usted me ayudará con sus consejos.

CLOT. Pero ¿y si usted se casa?

ANDRES. ¿Casarme? Lo primero sería encontrarla.

CLOT. Buscando bien... Entre los dos quizá...

ANDRES. ¿Me ayudará usted?

CLOT. ¿Por qué no?

ANDRES. Decididamente, Clotilde, las mujeres valen más que nosotros. Un hombre no sería capaz de eso nunca.

CLOT. (Con un fulgor de esperanza.) ¿Es decir que á mí no me ayudaría usted á casarme?

ANDRES. ¿Á usted?

CLOT. Sí. ¡Figúrese usted que alguno se prendara de mí por casualidad, y quisiera casarse conmigo! ¿No está usted todavía tan desligado del pasado, que consintiera en este amor y favoreciera este matrimonio?

ANDRES. (Ingénuamente.) ¡Oh, sí!

CLOT. (Resentida.) ¡Ah!

ANDRES. Con toda mi alma, si entendiera que se trataba de su felicidad.

CLOT. (Ap.) (¡Oh, esto ha concluido, concluido irremisiblemente!) (Alto afectando sonreir.) Ya ve usted que no valemos más unas que otros.

ANDRES. Dejemos eso, mi querida Clotilde. Me retiro, adios. Marcho mucho más alegre que he venido.

CLOT. ¿Se va usted?

ANDRES. Sí, voy á comer para ir en seguida á ese Teatro.

CLOT. (Conteniendo su emocion.) Bien, bien; váyase usted.

ANDRES. ¿Está usted conmovida?

CLOT. (Volviéndose.) ¡Sí, un poco!

ANDRES. (Besando su mano.) Y yo, mucho. ¡Es el pasado que se va, y al que bendigo desde el fondo del alma!

CLOT. (Que se ahoga.) ¡Hasta la vista!

ANDRES. Hasta mañana...

CLOT. Hasta mañana, sí...

ESCENA X.

CLOTILDE y TERESA.

CLOT. (Que se ha contenido hasta ahora.) ¡Teresa, á mí, Teresa!

TERESA. (Acudiendo.) ¡Señora!

CLOT. No veo... ¡Abre, aire, me ahogo!

TERESA. ¡Ah, Dios mio! (Corre á la ventana y la abre. Clotilde cae en el sofá. Teresa le dá agua.)

CLOT. (Con voz sofocada.) ¡Ah, cobarde! ¡miserable! ¡miserable! ¡miserable!

TERESA. (Llorando.) Mi querida señora...

CLOT. (Pasando alternativamente del dolor á la cólera) No, no, no hay ya nada en él... Me ha torturado aquí durante una hora, sin ver... sin comprender... Y yo le he amado, yo... ¡Y he perdido mi reputacion por él! (Llorando.) ¡Y no se acuerda de nada! no tiene en cuenta.... ¡el ingtrato! ¡Se ha concluido!... Déjame. ¡Héme aquí sola! (Levantándose.) ¿Y no le castigaré? ¡Ah! ¡yo me vengaré, sí! ¿Pero cómo vengarme? ¿Cómo podría encontrar un medio para hacerle sufrir todo lo que yo sufro?

TERESA. (Vivamente.) ¡Señora, es él!

CLOT. (Irguiéndose con un grito de gozo.) ¡Vuelve!

ESCENA XI.

CLOTILDE, ANDRÉS.

ANDRES. (Entrando muy gozoso.) ¡Clotilde!

CLOT. Andrés... amigo mio... ¿Qué hay?

ANDRES. ¡Clotilde!... ¡es ella!

CLOT. ¡Ella!

ANDRES. (Radiante.) ¡Sí, ella!

CLOT. ¿Quién?

ANDRES. ¡Mi desconocida... aquí!

CLOT. ¿En mi casa?

ANDRES. (Sofocado.) Sí, en esta casa... Al atravesar el patio para salir, el sonido de un piano hirió mi oido... Levanté los ojos, y allá... por una ventana abierta veo á mi jóven desconocida...

CLOT. ¡Aquí!

ANDRES. (Corriendo á la ventana.) En el segundo. Desde aquí se la verá mejor.

CLOT. (Para sí.) (¡Fernanda!... (Alto.) ¿Ella... es?)

ANDRES. La jóven que toca, sí.

CLOT. ¿Está usted seguro?

ANDRES. ¿Que si estoy seguro? No puede ser otra. Mire usted esa cara, ese aire de candor. (Mira extasiado.)

CLOT. ¡Cómo la ama!

ANDRES. (Que continúa mirando.) Nunca la había visto tan perfectamente... ¡Es encantadora! ¡qué ojos! ¡qué manos! ¡Toca como un ángel, como lo que es!

CLOT. (Amargamente.) ¡Un ángel! ¡Esa criatura!... Y por ella ha sido por quien... La devora con los ojos... Ah, no, jamás me miró á mí de ese modo... Y esa niña, esa niña que yo recogí es mi rival... ¡Ah, pues bien, espera! (Coge una pluma y escribe febrilmente despues de haber llamado. Cesa la música.)

ANDRES. Clotilde, estoy loco. ¡Jamás he experimentado una emocion semejante!

CLOT. (Sonriendo amargamente.) ¡Gracias!

ANDRES. ¡Perdon! no sé lo que digo... Pero ¿quién es? ¿Usted la conoce? (Clotilde entrega á Teresa la carta que ha terminado.)

CLOT. ¿Si la conozco? Margarita.

ANDRES. (Con amor.) ¿Se llama Margarita?

CLOT. De la Briere. Su padre era un comerciante de provincias que se arruinó en especulaciones, y que al morir dejó á su familia en una situacion precaria.

ANDRES. ¡Pobres mujeres!

CLOT. Hasta ahora han vivido de lo que les habia dejado; pero agotados todos los recursos, han venido á París con el objeto de buscar una colocacion decente. Yo las habia conocido en tiempos de su prosperidad, y al encontrarlas ayer puse á su disposicion ese pequeño departamento, reservándome en favor suyo todas mis relaciones. Son verdaderamente dignas de interés y muy acreedoras á todo.

ANDRES. (Vivamente.) ¿Sí... no es cierto?

CLOT. Principalmente la hija. Con esa cara ya comprende usted que todas las puertas le serían abiertas...

ANDRES. Ya lo creo.

CLOT. Pero no son mujeres que se aprovechen de tales ventajas... ¡Una honradez y un rigorismo que llega hasta el exceso! Dos provincianas, para decirlo todo... un poco devotas, un poco rígidas... y cuya timidez raya

en lo increible. Pero, en fin, vá usted á juzgar al instante.

ANDRES. ¿Cómo?

CLOT. Porque la jóven viene hoy á comer conmigo. Aquí está.

ANDRES. (Sofocado.) ¡Ah, sin prevenirme!

ESCENA XII.

LOS MISMOS, FERNANDA, TERESA.

CLOT. (Á Fernanda.) ¿Cómo?... ¿sola?

FERN. Mi madre está tan fatigada, señora, que le ruega á usted que la excuse si no acepta más que para mí su amable invitacion, que yo agradezco en el alma.

CLOT. Yo soy quien tiene que agradecer á la señora de la Briere el que se haya privado de su hija en favor mio... Hija mia... (Presentando á Andrés.) El señor marqués de Arsy... amigo Marqués, la señorita Margarita de la Briere, cuyo talento musical admiraba usted hace un instante.

ANDRES. He tenido que violentarme, señorita, para no aplaudir desde esta ventana.

FERN. (Cohibida.) Caballero...

ANDRES. (Ap.) (¡Y se ruboriza como una colegiala!...)

CLOT. (Bajo á Fernanda.) Procure usted agradar al Marqués, hija mia... tengo mis razones.

FERN. (Ingénuamente.) ¿Tiene alguna colocacion para mí?

CLOT. Acaso...

FERN. ¡Ah! señora, á ver si la conseguimos!

CLOT. Trabajo el asunto... Esté usted tranquila.

FERN. ¡Ah! qué buena es usted. Todo esto me produce el efecto de un sueño, y tengo miedo de despertar.

JOSE. (Abre la puerta del comedor que se vé iluminado en el fondo, á la izquierda.) La señora Condesa está servida.

ANDRES. (Muy contrariado por tener que partir.) Por vida... buenas noches.

CLOT. (Muy sencillamente.) ¿Qué? ¿No come usted con nosotras?

ANDRES. (Tímidamente.) Pero...

CLOT. Está puesto su cubierto.

ANDRES. (Vivamente y dejando el sombrero.) ¡Ah! si el cubierto está puesto, es diferente.

CLOT. (Á media voz.) Diga usted que no soy una buena amiga.

ANDRES. ¡Ah! sí...

CLOT. Vamos, Marqués, ofrezca usted el brazo á la señorita Margarita...

ANDRES. (Vivamente.) Señorita... (Ofrece el brazo que Fernanda toma, y se dirigen al comedor hablando. Clotilde sola y siguiéndoles con los ojos.)

CLOT. ¡Ah! ¡Necesitabas una inocente... La tendrás!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

POMEROL, JOSÉ.

POM. (Vestido de viaje.) ¿Está aquí mi mujer?
JOSE. Sí, señor.
POM. ¿Dónde?
PAUL. (Dentro.) Hasta luégo.
JOSE. En este momento sale del cuarto de la señora.

ESCENA II.

POMEROL, PAULINA.

Paulina lanza una exclamacion de alegría y se arroja en los brazos de Pomerol.

PAUL. Felipe de mi vida.
POM. Aprieta, hija mia, aprieta.
PAUL. Y yo que creía que aún estabas en Córcega... pero observo que no vuelves muy alegre de tu excursion.
POM. El cansancio...
PAUL. Si supieras con qué impaciencia esperaba tu regreso. Y ahora que me acuerdo: ¿cómo has llegado de improviso y sin avisarme?

POM. Si esto te enoja me vuelvo á marchar. (Marchándose.)

PAUL. No, no. (Deteniéndole.)

POM. Vea usted cómo agradecen las mujeres ciertos rasgos de delicadeza conyugal. Con el objeto de darte una agradable sorpresa, llego á París sin avisarte mi salida de Córcega, y tomo en la estacion del ferro-carril el primer carruaje que encuentro al paso, encargando al cochero que arree sin piedad. Subo las escaleras de cuatro en cuatro, mientras pienso y digo para mis adentros: «mi mujercita está acostada y duerme tranquilamente. ¡Con qué placer voy á despertarla! En vez de realizar mi deseo, la criada se me pone al paso diciendo: «La señora ha salido.» ¿Ántes de las nueve de la mañana? «Si señor, está en casa de la señora Roserié, ya sabe usted que hoy es el dia de...» No sé nada ni quiero. Vuelvo á tomar otro coche y aquí estoy cansado de correr en busca de una esposa que hace sus visitas de madrugada.

PAUL. Esta mañana me he visto obligada á salir temprano.

POM. ¿Ocurre algo extraordinario?

PAUL. Sí; ya sabes que hoy se celebra el matrimonio.

POM. ¿El matrimonio? En efecto, ahora observo que estás vestida de etiqueta.

PAUL. Se casa.

POM. ¿Quién? ¿Andrés?

PAUL. Sí. ¿Pero no sabías nada?

POM. Ni una sola palabra.

PAUL. Yo te escribí hace unos diàs comunicándote la noticia.

POM. No he recibido tu carta.

PAUL. Mi carta, y la que te escribió Clotilde con el propio objeto, salieron en el mismo dia.

POM. Tampoco he recibido carta de Clotilde.

PAUL. Eso no puede ser porque ella puso las dos en el correo.

POM. ¡Bah! No hablemos de ello. Poco importa que se hayan extraviado las cartas: lo principal es que Clotilde se case y que sea feliz.

PAUL. ¡Qué Clotilde se case!

POM. Es claro.

PAUL. Y yo te digo que es turbio, porque no es Clotilde, sino Andrés el que se casa.

POM. ¿Pero, no es con ella?

PAUL. Nada de eso; pero hombre, que atrasado estás de noticias; por lo visto, en la isla de Córcega nada se sabe. Andrés se casa con la señorita Margarita de la Briere, de quien está perdidamente enamorado.

POM. ¡Eh! ¿Y Clotilde? (Asombrado.)

PAUL. Clotilde, al saber que Andrés amaba á Margarita, en vez de incòmodarse, adoptó la prudente resolucion de arreglar por sí misma el matrimonio.

POM. (Asombrado.) ¡Cómo! ¡Qué ella ha arreglado!... Vamos, el clima dè Córcega ha alterado mis facultades.

PAUL. Y apropósito de Córcega. ¿Has cumplido tu juramento? Hablemos un poco de las mujeres de aquel país.

POM. No he visto ninguna mujer por allí.

PAUL. ¿Eh?

POM. Palabra de honor: no hay una sola en toda la isla.

PAUL. Pues á pesar de eso, no pienso dejarte volver por segunda vez. (Andrés aparece por el fondo quitándose el gaban.) Mira, allí tienes á Andrés que te explicará mejor que yo todo lo ocurrido.

POM. Pero si no he almorzado todavía.

PAUL. Corro á casa.

POM. Haz que me preparen un buen almuerzo.

PAUL. Voy.

POM. Y además, mi pantalon negro y mi frac. No quiero dejar de ir á la alcaldía.

PAUL. Ven pronto.

POM. En seguida. (Váse Paulina.)

ESCENA III.

ANDRÉS, POMEROL.

ANDRES. Mi querido Felipe.

POM. ¡Andrés! (Le abraza.)

ANDRES. Celebro mucho tu llegada. ¿Y qué tal el viaje?

POM. Muy bien.

ANDRES. ¿Y el pleito?

POM. Triunfo completo; pero no se trata ahora de mis pleitos, sino de tus asuntos. ¡Conque ibas á casarte sin decirme una palabra!

ANDRES. ¿No te ha escrito tu mujer?

POM. No; es decir, no he recibido su carta.

ANDRES. Pues bien, Felipe, sí; me caso y soy completamente feliz.

POM. ¿Estamos solos? (Baja la voz.)

ANDRES. Sí.

POM. ¿Y Clotilde no ha tratado de estrangularte, ni de envenenarte siquiera?

ANDRES. Ya lo ves.

POM. En Córcega, eso hubiera sido un hecho natural y corriente.

ANDRES. Deduzco de tus palabras que no estás en antecedentes. Clotilde y yo hemos tenido una franca explicacion, de la cual resultó que ninguno de los dos estaba realmente enamorado del otro. El tiempo, la costumbre...

POM. En resúmen: que ha habido ruptura de relaciones.

ANDRES. Ruptura amistosa.

POM. ¿Amistosa?

ANDRES. Cordialísima. Clotilde ha sido la primera en proponer nuestra separacion.

POM. Declaro con franqueza, que las mujeres son un enigma. Nunca hubiese creido que Clotilde fuera capaz de proponer una separacion amistosa.

ANDRES. Y tan sincera que muchas veces dudo si su amistad vale más que su cariño.

POM. Es decir, que por este lado todo vá bien. Lo celebro: ¿y quién es tu futura?

ANDRES. ¡Oh! un encanto, un prodigio. Imagínate la más cándida hermosura; el carácter más angelical, unido

á un temperamento delicadísimo. Artista de sentimiento y de corazon, honrada sin ser hipócrita, espiritual, y añade á todo esto ese *no se qué* misterioso, que nos subyuga y enloquece.

POM. ¡Diablo! Qué amor tan romántico!

ANDRES. Juzga de él por los progresos que ha hecho en tan breve tiempo. Ya ves, me caso y sacrifico con gusto mi independencia. ¡Cómo ha de ser! Lo que está escrito se cumple, y el cielo ha querido sin duda que no habiéndola visto más que una sola vez en el Teatro y otra en la Iglesia, la haya vuelto á encontrar en esta misma casa.

POM. ¿Aquí?

ANDRES. Margarita, á quien Clotilde conoció cuando era niña...

POM. ¿Se llama Margarita? Bonito nombre. ¿Y que ocurrió la tarde en que la conociste?

ANDRES. Aquella tarde volví á mi casa loco, y sin fuerzas para luchar contra el recuerdo que había dejado en mi alma la imágen de Margarita. Á la mañana siguiente recibo una carta de Clotilde. Voy á verla y me expuso la cuestion con entera franqueza, diciéndome: «usted está enamorado de Margarita, y me asalta el temor de que esa pasion pueda ser funesta para ambos. No creo que esté dispuesto á seducir á una niña inocente que es hija de una amiga mía.» ¿Como ha podido usted pensar semejante cosa? respondo: ¿Entónces, qué piensa hacer? ¿Casarse con ella? Ni su fortuna ni su nacimiento están á la altura del nombre que usted lleva.

POM. Perfectamente dicho.

ANDRES. Y tan de acuerdo con lo que yo pensaba, que estrechando la mano á Clotilde, salí de este salon resuelto á no ver más á una jóven que no podía ser ni mi esposa ni mi querida.

POM. ¿Y volviste por la noche?

ANDRES. Sí.

POM. ¿Y á la mañana siguiente tambien?

ANDRES. Y los dias sucesivos.

POM. Como todos los amantes. ¿Y Clotilde?

ANDRES. Clotilde me aconsejó que tomase una resolucion definitiva.

POM. No le faltaba razon.

ANDRES. Seguí su consejo, y con el propósito de olvidar á Margarita, salgo de París un sábado por la tarde y permanezco en un pueblecillo inmediato el domingo, el lúnes...

POM. ¿Y el mártes?

ANDRES. El mártes caigo aquí como una bomba resuelto á casarme. Yo no se lo hubiera aconsejado á usted, me dijo Clotilde, pues hay cosas sobre las cuales nadie tiene derecho á emitir su opinion; pero no debo ocultarle que su resolucion me llena de alegría, porque Margarita es encantadora.

POM. (Levantándose.) Nunca hubiera creido que la amistad de las mujeres llegase á tanto.

ANDRES. Dejé pasar ocho dias, y por encargo mio, hizo Clotilde peticion formal de la mano de Margarita á la señora de la Briere, que aceptó desde luégo. En vista de esto se han publicado las amonestaciones, hemos firmado el contrato y hoy me caso, mi querido Felipe; va á ser mia, exclusivamente mia. (Abrazándolo.)

POM. Sí, hombre, sí. Ya oigo, y no es necesario que me estrangules para que comprenda la fuerza de tu pasion; pero... ¿Margarita te ama como tú la amas?

ANDRES. ¡Si me ama! Estoy seguro de ello: mas la timidez de su carácter no le permite la menor expansion; pero cuánto dice, en cambio, una mirada, una palabra suya... ¡Te estoy hablando de su timidez! ¿y la mía? aún no he podido pronunciar diez palabras al encontrarme con ella, y si Clotilde no estuviera con nosotros para animar la conversacion, creo que no haría más que mirarla embelesado... En fin, chico, estoy como á los veinte años, como en mi primer amor... ¡Sí, realmente será este mi primer amor!

POM. Á juzgar por lo que dices, así parece.

ANDRES. Si te dijera que tiemblo como un estudiante al pensar que dentro de dos horas estaré solo con Margarita en un reservado del ferrocarril...

POM. ¿Te marchas?

ANDRES. Sí, todo ha sido tan rápido que mis habitaciones no se encuentran dignamente amuebladas para recibir á Margarita. Entre tanto llevo mi futura á Blois; su madre, que no disfruta de buena salud, pasará el invierno en Niza.

POM. Y el viaje...

ANDRES. Á la salida de la iglesia. La ceremonia será breve. Es un deseo de Margarita, segun me ha indicado Clotilde, que responde perfectamente á mis gustos: nada de ruido ni de aparato. Dos ó tres parientes cercanos, testigos de Margarita, amigos de Clotilde, los mios, tú, tu mujer... Diez minutos en la alcaldía, un cuarto de hora en la iglesia, y hé aquí todo. (Abrazándole.)

POM. ¡Hombre, que me vas á ahogar!

ANDRES. Aplazo las expansiones para mi regreso.

POM. Corriente. ¿Y la hora?

ANDRES. Á las once en punto. Quiero ser de los primeros.

POM. Las diez. Me marcho, no puedo perder un minuto.

ANDRES. ¿Sin ver á Clotilde?

POM. La veré más tarde, al mismo tiempo que á tu mujer. (Pomerol se va y entra Clotilde.)

CLOT. ¿Quién está ahí? ¿qué voz es esa?

ESCENA IV.

CLOTILDE, ANDRÉS, POMEROL.

ANDRES. ¡Felipe! ¡Felipe! (Llamándole.)

CLOT. ¡Felipe!

ANDRES. Sí, ha llegado hoy. Aquí está Clotilde.

CLOT. ¿Tú aquí? (Á Pomerol.)

POM. Para servirte, querida prima. (La abraza.)

CLOT. No te esperaba tan pronto. (Con inquietud.)

POM. ¡Cómo! ¡Querías que Andrés se hubiese casado en mi ausencia!

CLOT. Te ha dicho...

POM. Todo. Eres un ángel.

CLOT. ¿Lo crees así?

POM. No conozco ninguna mujer que en tu caso hubiese sido capaz de realizar un acto de tal naturaleza.

CLOT. (No sabe nada.)

POM. ¿Y mi protegida? ¿Cómo está Fernanda?

CLOT. He hecho en obsequio suyo, más de lo que puedes imaginarte... pero ya te contaré todo esto más despacio. Vuelve con Paulina. Iremos juntos á la ceremonia.

POM. Convenido. (Yéndose.)

CLOT. (En el umbral de la puerta.) No te apresures. Conque vengas á las once y media será tiempo. Estas cosas siempre se retrasan.

POM. Hasta luego.

ANDRES y CLOT. Hasta luego.

ESCENA V.

ANDRÉS, CLOTILDE.

CLOT. (Á las once ya se habrá celebrado el matrimonio, y y nadie podrá deshacerlo. Es necesario impedir por cualquier medio que Felipe salga de aquí ántes de esa hora ó todo se ha perdido.)

ANDRES. Pido á usted mil perdones, querida Clotilde. Estoy abusando de la generosa hospitalidad que me ha dispensado.

CLOT. Sabe usted que mi casa es siempre suya.

ANDRES. Pero no deja de ser verdaderamente extraño que yo me encuentre en ella, al lado de usted, en un dia como éste.

CLOT. No diga usted eso, si no quiere que dude de la sinceridad de su afecto.

TERESA. (Entra con una carta y una caja de carton en la mano.) La señorita Margarita envía á la señora esta caja con esta carta.

CLOT. (Leyendo ap.) «(Señora, no puedo decidirme á elegir ninguna de esas coronas. Cualquiera de ellas colocada sobre mi frente, me parece una superchería indigna de mí y de Andrés, á quien todo se lo ha dicho usted. (Mira á Andrés con desconfianza y se aleja.) Si este se empeña en que me atavie con las galas de una desposada, debo hacerlo? En nombre del cielo, señora, contésteme usted.»

ANDRES. ¿Le escribe á usted Margarita?

CLOT. Para preguntarme, cuál de estas tres coronas debe elegir.

ANDRES. La mas modesta y sencilla le sentará mejor.

CLOT. Esta. Ya lo oye usted, Teresa, lleve usted esa corona á la señorita de la Briere.

ANDRES. Y este cofrecillo de mi parte.

CLOT. Con el permiso de usted, voy á terminar mi *toilette.*

ANDRES. Gracias, mi querida amiga, en nombre mio y en el de Margarita.

CLOT. (Sonriendo.) Ántes de darme las gracias espere usted á que se haya celebrado el matrimonio. (Entra en sus habitaciones.)

ESCENA VI.

ANDRÉS, TERESA y FERNANDA.

TERESA. ¡La señorita! (Sale.)

ANDRES. ¡Margarita! ¡Es usted!

FERN. Ignoraba que estuviese usted aquí, señor Marqués.

ANDRES. Le desagrada mi presencia...

FERN. (Con timidez.) No es eso, pero deseaba hablar á...

ANDRES. ¿Á Clotilde? Ahora vendrá: pero ya que nos encontramos sin testigos, quiero decir á usted... no: quiero decirte, mi adorada Margarita, si consientes voluntariamente en ser mi esposa: mejor dicho, en amarme como yo te amo.

FERN. Señor...

ANDRES. No me llames señor, y escúchame, Margarita. Ya sé que al preguntarte Clotilde si aceptabas mi mano, le has dicho que sí; ¿pero es la razon ó la pasion la que ha dictado esa respuesta afirmativa? En el punto en que estamos es necesario romper estas convenciones sociales: así, pues, dime la palabra que varias veces he creido vislumbrar en tus ojos sin salir á tus labios. Repite todo lo bajo que tu quieras: *Yo te amo...*

FERN. Dios mio; sí, le amo á usted.

ANDRES. ¡Mi querida Margarita!

FERN. ¡Y cómo no había de amar á usted, señor!

ANDRES. Repito que no quiero oir de tus labios esa palabra ceremoniosa.

FERN. Pues bien; ¿cómo no había de amar á usted. Andrés, despues de lo que ha hecho por mí?

ANDRES. Lo que yo deseo alcanzar de tí no es el agradecimiento, sino el amor.

FERN. Las dos cosas á la vez, puesto que es usted mi salvador.

ANDRES. No soy yo, sino tú, mi querida Margarita, la que merece este nombre. Sí; tú eres quien salva mi existencia, al arrancar de mi alma esos amores falsos y mentidos, enseñándome el camino del deber, que es tambien el de la felicidad.

FERN. ¡Qué bueno es usted!

ANDRES. No es bondad, es dicha. Tú no puedes comprender, Margarita, cuán hermoso es decir, «su juventud, su belleza, su inocencia... (Movimiento de sorpresa en Margarita.) su corazon extraño á las pasiones mundanales, ese tesoro de santas ignorancias é infantiles alegrías me pertenece, es mio, porque he sido yo quien

vino á despertar en él el primer latido del amor...

FERN. ¡Dios mio!

ANDRES. Y ahora que estoy seguro de tu amor, elige entre esas coronas la que yo he escogido para tí hace un instante. La más sencilla y virginal estará mejor sobre tu casta frente. Hasta luego, y despues, mi querida Margarita... para siempre!

ESCENA VII.

FERNANDA, despues CLOTILDE.

FERN. (Despues de haber seguido con los ojos á Andrés, lanza una exclamacion de dolor.) No sabe nada; Dios mio; ¡no sabe nada!

CLOT. (Sale de sus habitaciones.) ¿Qué tiene usted, Margarita?

FERN. (Con pena.) ¡Ah, señora! ¡Me ha engañado usted y le ha engañado!

CLOT. Engañado, ¿á quién?

FERN. Ya sabe usted que al hacerme en nombre de Andrés la peticion de mi mano, me resistía á creer en su ofrecimiento, porque pensaba que no debía ser la esposa de un hombre honrado, una mujer que no ha podido ó no ha sabido serlo.

CLOT. Sí, me ha dicho usted todo eso, pero...

FERN. Déjeme usted continuar, señora... Al dia siguiente de mi dolorosa explicacion, me aseguró usted que Andrés estaba enterado de todos los pormenores de mi vida y que á pesar de eso, su amor hácia mí seguía siendo el mismo.

CLOT. Es cierto.

FERN. No diga usted eso, señora. Andrés no sabe nada.

CLOT. ¿Que Andrés no sabe nada? ¿Pero, de dónde deduce usted semejante cosa?

FERN. Porque él acaba de hablarme hace un momento como se habla á las mujeres virtuosas.

CLOT. ¿Le ha visto usted? ¿Y qué le ha dicho?

FERN. Me ha dicho que me adoraba como se adora á la mujer que es casta y pura, y que no hay nada en el mundo comparable á estas virtudes: pero usted me ha engañado, señora, al hacerme creer lo que no existe... lo que no puede suceder... ¡Dios mio, qué doloroso es perder la felicidad para siempre despues de haberla tenido tan cerca! (Cae sobre una silla.)

CLOT. ¡Margarita, cálmese usted!

FERN. (Con desesperacion.) Daría la eternidad de mi dicha, señora, por borrar este pasado que aborrezco, pero que existe y existirá siempre á pesar de mis lágrimas. ¡Cuánto se equivoca la que piensa que el arrepentimiento borra las faltas cometidas. No, no: ninguna de nosotras se levanta: la deshonra nos sigue por todas partes, nos devora y nos mata... y quién sabe, la suerte que el cielo nos reserva despues de muertas!...

CLOT. Tranquilícese usted, querida niña. Yo me encargo de buscar el remedio. ¿Andrés ha dicho á usted algo en son de censura?

FERN. Cómo había de censurarme si no sabe nada?

CLOT. Repito á usted que conoce su pasado.

FERN. ¿Entónces, por qué me habla como si yo fuera la inocencia y la virtud misma?

CLOT. ¿Y eso es todo? ¡Qué niñería! La afectada ignorancia de Andrés tiene por objeto evitar á usted la vergüenza de una confesion explícita y terminante. ¿Por qué se sorprende usted de este rasgo de delicadeza?

FERN. Ah, señora, ¿podré creer en tanta bondad? ¡No, no es posible! Mi corazon no puede engañarse, y el corazon me dice que Andrés no sabe nada.

CLOT. Puesto que usted se empeña en no dar crédito á mis afirmaciones, veamos lo que se propone hacer para salir de dudas.

FERN. Se lo diré todo. (Levantándose.)

CLOT. ¿Pero tendrá usted valor para llevar á cabo semejante determinacion?

FERN. Procuraré encontrarlo. La franqueza es quizá el único honor que me resta.

CLOT. Esto es una locura. Por usted, por él mismo; por su madre de usted, cuya dicha depende de los dos, no puedo permitir que realice una confesion tan peligrosa.

FERN. Qué haré, Dios mio, qué haré.

CLOT. Escríbale usted. Lo que no se puede decir verbalmente se escribe.

FERN. Sí; voy á escribir.

CLOT. Es lo más prudente. De este modo adquiere la seguridad de que Andrés no ignora nada, y se evita una confesion enojosa para ambos.

FERN. Tiene usted razon. Escribir es ménos penoso que hablar.

CLOT. ¡Aquí hay papel y pluma!

FERN. ¡Dios mio! (Se sienta á escribir.)

CLOT. ¡Ánimo, hija mia! (Paseándose.)

FERN. Qué triste es tener que decir tanto mal de sí misma.

CLOT. ¿Y deseaba usted decírselo de palabra?

FERN. ¡Yo le amo y él tambien me ama!

CLOT. Concluya usted, la hora se acerca. (Pausa.)

FERN. No veo, señora.

CLOT. Será bastante.

FERN. Nada he ocultado.

CLOT. ¿Puedo leerlo?

FERN. ¡Oh, sí señora! ¡Qué sufrimientos me tenía el cielo reservados para el dia en que son completamente felices las demás mujeres!

CLOT. Margarita. Yo me encargo de entregar á Andrés esta carta.

FERN. No, no; yo lo haré.

CLOT. ¡Ah! Está usted á punto de desfallecer.

FERN. ¡Me abandonan las fuerzas!

CLOT. ¡Valor! ¡Teresa! ¡Teresa! Ya ve usted que en el estado en que se encuentra no puede afrontar la presencia de Andrés.

FERN. Es cierto, señora. (Sentándose.)

CLOT. Por fin... (Cogiendo la carta.)

FERN. Lleve usted esta carta al señor Marqués.

CLOT. Pero... (Deteniéndola. Sale Teresa.)

FERN. No me abandone usted en este estado.

CLOT. (Está visto que no podré realizar mi venganza.)

FERN. Él es, sí. (Aplicando el oido.) Le oigo hablar en el patio. Teresa le va á encontrar.

CLOT. ¡Es natural! (Con cólera.)

FERN. Llame usted, llame usted. Va á leer mi carta, señora. Devuélvame usted mi carta.

CLOT. (En la ventana.) Es tarde. ¡Usted lo ha querido!

FERN. ¿Y la carta?

CLOT. Acaba de entregársela Teresa. Andrés sube las escaleras.

FERN. Estoy perdida. ¡Dios mio! Perdóname y haz que él me perdone tambien.

ESCENA VIII.

LAS MISMAS, ANDRÉS.

ANDRES. ¡Cómo! ¿Todavía no ha terminado usted su *toilette* Margarita?

FERN. No señor, estaba esperando...

CLOT. La pobre niña se encuentra un poco agitada.

ANDRES. ¡Oh! Ahora no tenemos tiempo de pensar en los nervios.

FERN. ¿Decididamente quiere usted que me disponga á salir?

ANDRES. ¿Cómo, si quiero? En seguida.

FERN. No me atrevía á acariciar esta esperanza. ¡Dios mio! ¿es cierta mi dicha?

ANDRES. ¡Qué emocion! ¿Que tiene usted, Margarita?

FERN. El temor... la alegría. No es nada, ya no tengo nada. Andrés, es usted el mejor y el más generoso de los hombres; yo en cambio de tantos beneficios, no puedo dar á usted más que un corazon que no los olvidará nunca.

ANDRES. No hago más que cumplir los deseos del mio. ¿Ha podido sospechar que variase de opinion? ¡Qué locura! Vamos pronto, Margarita.

FERN. Voy corriendo. (Á Clotilde.) ¡Qué feliz soy! Gracias, Andrés. (Váse.)

ESCENA IX.

CLOTILDE, ANDRÉS.

ANDRES. ¡Qué buena es! (Mirándola.)

CLOT. Teresa ha entregado á usted una carta?

ANDRES. (Sacando la carta del bolsillo.) ¡Ah! Sí; pero he subído con tanta precipitacion que no tuve tiempo de leerla. ¿Es de usted, no es verdad?

CLOT. Si, es mía.

ANDRES. Entónces, leámosla juntos.

CLOT. Teresa no ha cumplido mi encargo. Esa carta no debe usted leerla hasta el momento de salir de la iglesia.

ANDRES. ¿Una sorpresa?

CLOT. ¡Una cosa parecida!

ANDRES. Eso es tentador, Clotilde. ¿Y si yo quisiera conocer la sorpresa anticipadamente?

CLOT. En ese caso, me privaría del placer que pienso proporcionarle más tarde.

ANDRES. Líbreme Dios de contrariarla. No leeré esta carta hasta el momento oportuno.

CLOT. ¿Lo jura usted?

ANDRES. Voy á hacer otra cosa mejor. Se la devuelvo, y usted me la entregará cuando lo crea conveniente.

CLOT. ¡Ah! (Cogiendo la carta.)

ANDRES. Me está usted mirando de un modo muy extraño... Cualquiera diría que esa carta le inspira á usted siniestros pensamientos.

CLOT. No: solo pienso en que la suerte de toda la vida de-

pende muchas veces de un hecho insignificante, de una palabra.

ANDRES. ¿Alude usted al *sí* que voy á pronunciar dentro de breves momentos?

CLOT. Quizá sea este un espacio de tiempo que el cielo concede á usted para...

ANDRES. Que el cielo me concede...

CLOT. Andrés, no debo ocultar á usted que su matrimonio me inquieta, porque pienso que yo he contribuido á llevarlo á efecto. Si usted tuviera algun escrúpulo...

ANDRES. ¿De qué?

CLOT. Que sé yo. De sacrificar su libertad, por ejemplo.

ANDRES. Mi cariño está por encima de esas consideraciones.

CLOT. El cariño y el amor pasan ó se modifican; y yo soy una buena prueba de ello, puesto que usted ha dicho mil veces que me adoraba.

ANDRES. Sí; pero de otra manera distinta.

CLOT. ¿No era la buena?

ANDRES. (Apretándole la mano con efusion.) Si era la buena... pero no era la verdadera.

CLOT. No hablemos más del asunto. Cásese usted, marqués, cásese usted.

TERESA. (Entrando.) La señorita de la Briere espera el señor Marqués para salir.

ANDRES. ¿Viene usted, Clotilde?

CLOT. En cuanto llege Felipe.

ANDRES. No se haga usted esperar.

CLOT. No tenga usted cuidado. Yo llego siempre á tiempo. (Á Teresa.) Vuelva usted á avisarme en el momento en que salgan de la alcaldía.

ESCENA X.

CLOTILDE observando en la ventana.

CLOT. Ya están allí. El coche les espera. Qué alegre está esa desgraciada; y él, sí, tambien él está trémulo de di-

cha. No, no hay duda, nunca me ha amado á mí de ese modo. Y yo que he experimentado hace pocos momentos un sentimiento de piedad, y hasta tuve deseos de entregarle esta carta. (Vá á romperla y se detiene.) Procedamos con calma: una confesion de su mano es un documento precioso... ¡Miserable, cobarde, infame; yo no sé cuanto tiempo durará mi tormento, pero el tuyo será eterno!

ESCENA XI.

CLOTILDE, POMEROL de etiqueta.

POM. ¿Supongo que no habré llegado tarde?

CLOT. ¿Solo? ¿Y Paulina?

POM. Se ha marchado á la iglesia.

CLOT. Tan aturdida como siempre. (Á la chimenea.) Tenemos tiempo de sobra. El matrimonio no se celebrará hasta las once y media.

POM. En ese caso, hablemos un poco de mi protegida.

CLOT. ¿De Fernanda? Ya te he dicho que he encontrado una excelente colocacion para ella.

POM. ¿Y dime, cuál es la colocacion que has encontrado?

CLOT. Ya te contaré todo esto despues de la boda. Quiero darte una sorpresa. Hablemos de tí, señor viajero.

POM. ¿De mí? Las once y cuarto, vámonos.

CLOT. No seas impaciente. Los funcionarios de la alcaldía no son muy puntuales y no es cómodo esperar en la antesala.

POM. Y yo que por venir precipitadamente no tuve tiempo siquiera de fumar un cigarro.

CLOT. Fuma. Tienes autorizacion para hacerlo... ¿Has ganado el pleito?

POM. Dí más bien los pleitos, porque además de despachar con muy buena fortuna mi negocio de minas, me ví obligado á defender una causa más séria.

CLOT. ¿Una causa más séria?

POM. Sí; á la semana siguiente de mi primer informe, se presentó en la fonda donde me alojaba un campesino para suplicarme que me encargase de defender á su hija Genoveva. El tono dolorido con que el pobre hombre me dijo estas palabras, me hizo sospechar la existencia de alguno de esos dramas sangrientos de que suele ser teatro la isla de Córcega.

CLOT. ¿Y era realmente un drama?

POM. Un drama de amor, en el cual intervienen tres personajes. La hermosa Genoveva, Orio Tibaldi y Teresa, amiga de la primera. Exposicion de la obra: Genoveva ama á Orio y le da pruebas muy... evidentes de su pasion. Acto segundo: el infiel Orio se enamora de Teresa y se casa con ella. Acto tercero y último: Genoveva armada de un revólver espera á los recien casados al salir de la iglesia y les da la muerte sobre el átrio mismo del templo.

CLOT. ¿Á los dos?

POM. Á los dos.

CLOT. ¡Valiente mujer! ¿Tú habrás hecho prodigios en favor suyo? La habrán absuelto. ¿No es verdad?

POM. No vayas tan deprisa.

CLOT. ¿Entónces?...

POM. Entónces... ¡Pardiez! ¡La media! Ya te contaré esto más despacio.

CLOT. Espera. Teresa tiene órden de avisarnos en el momento oportuno. No interrumpas tu narracion; la suerte de esa desgraciada me interesa mucho. Supongo que la habrás defendido con calor, con elocuencia.

POM. Por lo que respecta al amante asesinado su defensa no ofrecía grandes inconvenientes, pero el negocio presentaba muy mal aspecto en la parte relacionada con la muerte de Teresa, porque como tú comprendes ésta no habia prometido ni jurado nada.

CLOT. Y qué importa. ¡Era bastante culpable por el solo hecho de haber engañado á una amiga. Yo hubiera procedido del mismo modo que Genoveva.

POM. ¿Con Teresa tambien?

CLOT. Tambien. Una rival siempre merece la muerte.

POM. Pero querida Clotilde, esta teoría es verdaderamente salvaje.

CLOT. Será lo que tú quieras: pero, continúa: ¿qué dijiste al Tribunal?

POM. Lo que se dice siempre en tales casos. (Haciendo ademan de hablar al Tribunal.) «Señores magistrados: Ésta desgraciada ha sido seducida por aquel á quien ella consideraba como su legítimo esposo, y despues, engañada y abandonada por otra. Su vida intachable hasta entónces, su deshonor público, los celos, el odio, la desesperacion, la han impulsado á dar la muerte. Sí, señores magistrados, esta mujer hiere y mata. ¡Ojo por ojo! ¡diente por diente! Mientras no haya una ley que proteja á las mujeres ultrajadas, y castigue á los seductores, nadie podrá impedir que cualquiera de ellas haga por sí misma la ley, el juez y el verdugo.»

CLOT. ¿Y qué efecto causó tu peroracion?

POM. Excelente. La causa fué juzgada *como heridas por imprudencia temeraria que han producido la muerte.* Cinco años de prision para Genoveva y nada más. No respondo de que en París hubiera alcanzado mi defensa tan lisonjero éxito.

CLOT. Pues á mí no me parecen justas esas leyes. ¡Ah! ¡si fuéramos nosotras las encargadas de hacerlas!...

POM. Buenas andarían ellas.

CLOT. Mejor que las vuestras. Si nosotras hiciéramos las leyes, no se vería como hoy se vé á más de un miserable que se juzga deshonrado si no cumple la palabra que da á otro hombre, y que no vacila en faltar á todos los juramentos que ha hecho á una mujer, porque ésta es débil, sin duda alguna.

POM. ¡Con qué calor tomas estas cosas! (Teresa por el fondo.)

CLOT. ¡Teresa! (Con alegría.)

POM. ¡Ah! Ya era tiempo. Vamos.

CLOT. Aguarda. (Á Teresa.) ¿Qué ha pasado?

TERESA. Ha terminado la ceremonia en la alcaldía y ya han ido á la iglesia.

CLOT. (¡Por fin!) (Con alegría.)

POM. Y nosotros que estábamos aquí hablando tranquilamente. Vamos por lo ménos á la iglesia.

TERESA. Es tarde, señor, porque á esta hora ya habrán recibido la bendicion nupcial. (Váse.)

POM. ¿Es decir que se han casado en ausencia nuestra?

CLOT. Si, ya están en poder mio.

POM. (Asombrado.) ¿En poder tuyo? ¿Qué quiere decir esto, Clotilde?

CLOT. Escucha, Felipe, hace un momento me has contado cómo se vengan las mujeres en Córcega, ahora voy á decirte yo cómo nos vengamos en París. Es un drama de tres personajes, como el tuyo, exactamente lo mismo. Andrés, su mujer y yo.

POM. ¿Andrés?

CLOT. Y el mismo argumento, pues á mí, como á Genoveva, se me hicieron mil juramentos de fidelidad para abandonarme más tarde por otra.

POM. Pero...

CLOT. No me interrumpas, déjame hablar. Oye, Felipe, al tener noticia de la traicion que había cometido mi amante, he fingido amistad, ternura y abnegacion, y él ha tomado en sério esta comedia, pensando sin duda que yo podía verle con tranquilidad, amante y esposo de otra mujer. ¡Qué más! Hasta supuso que yo le ayudaría en sus proyectos matrimoniales... ¿Entiendes, Felipe? Creyó que llevaba mi generosidad hasta el punto de arrojar á los piés de una rival lo que me pertenecía, es decir... lo que ella me robaba... Como si fuera posible que el amor pueda dejar libre el paso á otro sentimiento que no sea el del ódio más implacable...

POM. (Asustado.) Clotilde, ¿qué significan esas palabras?

CLOT. (Fuera de sí.) Miserable, cobarde, despues de haberte entregado los más hermosos años de mi vida en pago

de tu amor, te figuraste que podías venir á mi casa á renegar de mi cariño, arrojando al medio del arroyo mi honradez y mi orgullo.

POM. Me espanta tu agitacion. ¡Qué es lo que has hecho, infeliz!

CLOT. ¿Qué es lo que he hecho? Escucha. Andrés amaba á una... desgraciada. ¿Comprendes? á una desgraciada con la cual no puede casarse ningun hombre honrado... Pues bien; yo la he hecho su mujer encadenando para siempre la existencia del perjuro, á la vergüenza y á la ignominia.

POM. Pero esto es una atrocidad, mejor dicho, es una verdadera infamia.

CLOT. La mujer se venga como puede.

POM. ¿Con quién has casado á Andres, responde?

CLOT. (En la ventana.) Ya van á bajar del carruaje. Mira.

POM. ¡Fernanda! (En la ventana.)

CLOT. Sí, Fernanda, la querida... de Roqueville.

POM. ¡Pero es posible que hayas llevado tu ódio hasta tal punto!

CLOT. Ahora comienza el desenlace del drama. La corsa aguardaba con un arma á los dos amantes á la salida de la iglesia: yo les espero á su regreso con ésta. (Enseñando la carta.) ¡El arma de Genoveva no podía matar más que dos cuerpos, la mía mata dos almas!

POM. Que tú les esperas...

CLOT. Con esta prueba de infamia en la mano. Una carta de Fernanda, en que lo confiesa todo.

POM. ¿Y serías capaz de realizar un hecho tan criminal?

CLOT. Vas á verlo, Felipe.

POM. (Friamente amenazador.) No veré nada; porque tú no harás eso.

CLOT. ¿Quién podrá impedirlo?

POM. (En el mismo tono.) Yo, que nada tengo que ver con tus malditos celos, y que no quiero que tu venganza hiera á una inocente.

CLOT. Inocente ó culpable, la ódio, la aborrezco, porque ella

ha impedido mi felicidad.

POM. Y yo te prohibo que le hagas derramar una sola lágrima.

CLOT. ¿Y qué me importan á mí sus lágrimas?

POM. Repito que no hablarás porque te he sorprendido en flagrante delito de asesinato moral, y no hay nadie en el mundo que me impida cerrarte la boca.

CLOT. (Haciendo ademan de salir.) Me rio de tus amanazas.

POM. Si articulas una sola sílaba, te juro á fé de hombre honrado, que no acabas la palabra.

CLOT. Cobarde como todos los hombres.

POM. (Escuchando con inquietud.) Ya suben.

CLOT. Vas á ver cómo acato tus deseos filantrópicos. (Ganando la puerta.)

POM. (Cerrándola el paso y arrancándole la carta.) Pronto, venga esa carta.

CLOT. Suelta... ¡mi carta! (Asustada.)

POM. Adentro, adentro.

CLOT. No me toques.

POM. ¿Quieres entrar?

CLOT. ¡Socorro! ¡Á mí!

POM. (Cerrándola la boca con una mano, y empujándola con la otra hácia su cuarto.) ¡¡No gritarás!!

CLOT. (En el umbral y agarrándose á la puerta.) ¡Cobarde, vil... con una mujer!

POM. (Fuera de sí y empujándola.) ¡Calla, infame, calla ó te aplasto! (La lleva hácia sus habitaciones, en las cuales permanece un momento, mientras, aparece Andres por el fondo. Pomerol cierra la puerta con doble vuelta. El juego escénico y la disposicion de los personajes que toman parte en esta situacion, quedan á cargo del director de la compañía.)

ESCENA XII.

POMEROL, ANDRÉS, despues FERNANDA.

POM. (Sofocado y cerrando la puerta.) Las dos puertas; podría gritar.

ANDRES. Buena partida nos han jugado ustedes.

POM. En el momento en que nos disponíamos á salir, Clotilde se sintió atacada de un accidente nervioso. Ya sabes, lo de siempre, gritos, convulsiones... ¡Ah! Todavía estoy fatigado.

ANDRES. Voy á verla.

POM. (Deteniéndole.) Es inútil. Está descansando. Vete, no tienes tiempo que perder.

ANDRES. Quiero que conozcas á mi esposa.

POM. Me la presentarás á tu regreso.

ANDRES. No. Ahora la verás. Ha ido á ponerse un vestido de viaje. Aquí está. Clotilde se encuentra un poco indispuesta...

FERN. ¿Indispuesta?

ANDRES. Sí, no se la puede ver, pero en cambio de este contratiempo, te presento al mejor de mis amigos que desde hoy lo será tuyo tambien. (La hace pasar al centro de la escena y mientras tanto va á ponerse un gaban de pieles.)

FERN. ¡Ah! (Con asombro.)

POM. (¡Silencio! No la conozco á usted.) (Alto.) Señora, tengo el mayor placer en saludarla.

FERN. ¡Usted amigo suyo!

POM. (Ya hablaremos más despacio.)

ANDRES. (Que vuelve sin observar nada y muy alegre.) Vamos, Margarita, vamos.

FERN. (En el mismo tono.) Allá voy. (Á Pomerol.) Hasta la vista.

POM. Buen viaje.

ANDRES. (En el fondo, llevando del brazo á Fernanda.) No te olvides de darnos cuenta de la salud de Clotilde.

POM. Así lo haré, descuida. (Cierra.) Ya era tiempo. (Se deja caer sobre una silla rendido de fatiga.) ¡Los he salvado hoy; pero, y mañana, y mañana!...

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Salon en casa de Andrés. Ventana á la derecha. Puerta de entrada. Otra en el fondo que es la del cuarto de dormir. En la tapicería de la derecha se ve otra puerta. Chimenea, sofás, etc., etc.

ESCENA PRIMERA.

ANDRÉS, FERNANDA, PAULINA, el GENERAL.

Es de neche. En una mesa juegan al tresillo Andrés, Paulina y el General. Á la izquierda otra mesa donde Fernanda se dispone á servir el té.

PAUL. Ha ganado usted, General.

GEN. Sí. El Marqués padece muchas distracciones, y como no hace más que mirar hácia aquel lado, la suerte le vuelve la espalda. Ya lo dice el refran «afortunado en amores, desgraciado en el juego.»

PAUL. Al mes de casado esas distracciones son naturales.

ANDRES. Ya tomaré el desquite.

PAUL. (Á Fernanda que le presenta una taza de té.) Querida Marquesa, déme usted otro terron de azúcar. (Continúa Fernanda sirviendo el té.)

FERN. ¿Dónde ha ido Felipe?

PAUL. (Levantándose.) Mi marido nos ha dejado á los postres. Dios sabe dónde estará ahora.

FERN. No empiece usted á preocuparse, Paulina.

PAUL. Convengan ustedes conmigo en que su ausencia no es natural.

ANDRES. Los negocios...

PAUL. Supongo que no tratará usted de probarme que Felipe ha ido al Tribunal á las diez de la noche.

ANDRES. Pero estoy seguro que no ha salido por su gusto, porque hace un frio espantoso.

GEN. Hace dos dias que siento en mis piernas este cambio de tiempo.

ALF. (Que trae dos cartas.) Una carta para la señora Marquesa.

FERN. De Niza, es de mamá. Con el permiso de ustedes.

ALF. Han traido otra carta para el señor de Pomerol.

PAUL. (Vivamente.) Démela usted. (Se apodera de la carta.)

ANDRES. ¿Hay buenas noticias?

FERN. Excelentes. Mamá está mucho mejor de salud.

ANDRES. Lo celebro, porque entónces regresará en breve.

PAUL. (Que ha dado una porcion de vueltas á la carta.) Estoy por romper el sobre. No, la letra es gruesa y bien formada; debe ser carta de hombre. (Acercándola á los ojos.) Sí, no hay duda, huele á tabaco. (Hace ademan de abrir la carta.)

FERN. ¿Qué hace usted, Paulina?

PAUL. ¿No abre usted las cartas de su marido alguna que otra vez?

FERN. Nunca.

PAUL. ¿Entónces no es usted celosa?

FERN. ¿Por qué habia de estar celosa?

PAUL. Tiene usted razon; de un hombre que está en la luna de miel no es posible tener celos, pero conmigo la cosa varía de especie: no me faltan motivos para inquietarme. Y si no, dígame, usted ¿qué duede hacer Felipe por esas calles con un tiempo semejante?

FERN. ¿De dónde deduce usted que su marido se entretiene ahora en recorrer las calles?

PAUL. (Con voz alterada.) Luégo usted presume que Felipe está en alguna habitacion bien abrigada.

FERN. Es natural.

PAUL. ¿Y con quién?

FERN. ¿Qué se yo?

PAUL. Pues yo sé que sucede algo grave. Desde el día que regresaron ustedes, Felipe anda inquieto, preocupado, y va y viene á todas horas sin motivo que lo justifique. Aquí hay algo, Margarita, y este algo es una mujer.

GEN. (Á Fernanda.) Si usted no se separa de nuestro lado, Andrés no podrá seguir jugando.

FERN. Entónces me voy.

ANDRES. No, no; dejarémos el juego.

ESCENA II.

LOS MISMOS, POMEROL.

PAUL. Gracias á Dios.

ANDRES. ¿De dónde vienes, callejero?

POM. Anuncio á ustedes que está nevando copiosamente.

FERN. Si quiere usted calentarse, aquí hay buen fuego.

POM. Necesito además una taza de té caliente porque vengo hecho un carámbano. (Viendo á Paulina que le mira con desprecio.) ¡Diablo! tambien por este lado hace frio... digo no, calor, mucho calor. (Reparando en lo sofocada que está su mujer.)

PAUL. ¿De dónde viene usted?

POM. Yo...

PAUL. (Con viveza.) Responda usted pronto y sin inventar la contestacion.

POM. Pues...

PAUL. ¡No mientas!

POM. Vengo...

PAUL. ¡Eso no es verdad!

POM. (Riéndose.) Pues no vengo.

PAUL. Felipe, ya no tengo la menor duda de tu traicion. Hace un momento dijiste que estaba nevando, y te

sombrero no tiene siquiera señal de que haya caido en él un sólo copo de nieve. ¿En qué consiste esto, responde?

POM. Pues consiste en que he venido en coche.

PAUL. (Enseñándole la carta.) Es inútil que aguces el ingenio para engañarme. Tengo en mis manos la prueba del delito.

POM. Por lo visto has registrado nuevamente mis papeles.

PAUL. (Poniéndole la carta delante de los ojos.) ¿Qué es esto?

POM. Una carta para mí.

PAUL. (Con ira.) Quiero que leamos juntos su contenido.

POM. No tengo inconveniente.

PAUL. (Leyendo.) «La señora ha regresado ya.»

POM. (Arrancándole la carta rápidamente.) Trae acá.

PAUL. ¿Qué significan esas palabras?

POM. (Con inquietud y hablando para sí.) Y yo que vengo de su casa.

PAUL. ¿Conque tú vienes de casa de ella?

POM. (En el mismo tono, paseando de un lado á otro seguido de Paulina.) Sí; y me dijeron que no habia vuelto de su viaje... ¡Oh! El peligro se acerca precisamente en el momento en que todos éramos felices.

PAUL. (Con ironía.) ¡Muy felices!

POM. Y en que estábamos tan tranquilos...

PAUL. (Lo mismo.) ¡Muy tranquilos!

POM. Es necesario convenir en que ha elegido el instante más oportuno.

PAUL. ¿Pero quién es ella? ¿Quién es esa mujer que llega oportunamente?

POM. (Interrumpiendo su soliloquio.) Tú no sabes nada de esto, Paulina, ni yo quiero que comprendas...

PAUL. Comprendo perfectamente. Se trata de una mujer, de una mujer á quien amas...

POM. No, te juro que no se trata ahora de eso.

PAUL. Hablabas de un hombre.

POM. Sí.

PAUL. ¡Oh! ¡cuánto embuste!

POM. Repito que es exacto...

PAUL. Basta, caballero, basta. Ya hablaremos más tarde á solas.

POM. Cuando tú quieras.

PAUL. Hágame usted el favor de no tutearme hasta nueva órden.

POM. Así lo haré, señora. (*Ap.*) (¡Clotilde en París de incógnito! ¿Qué significa esto?)

ALF. (*Desde la puerta.*) El señor de Civry.

GEN. Mi sobrino. Que entre. Con el permiso de usted, Andrés.

ESCENA III.

LOS MISMOS, CIVRY.

GEN. (*Haciendo la presentacion.*) El señor de Civry, mi sobrino.

POM. (*Con inquietud.*) ¡Civry aquí!

ANDRES. Celebro mucho el honor que usted me proporciona con su visita. (*Continuando.*) Te presento (*Á Fernanda.*) al señor de Civry, sobrino de nuestro excelente amigo el General.

CIVRY. Ruego á usted que dispense el momento poco oportuno de mi primera visita.

FERN. Yo me propongo indemnizarle de esta molestia con una taza de té.

CIVRY. Gracias, señora.

POM. (*Ap.*) (Pardiez; ¡qué estúpido soy! Civry no la ha visto nunca, gracias á mí. ¡Uf! qué mal rato he pasado.) (*Respirando con fuerza.*)

ANDRES. (*Dirigiéndose á Civry.*) El General nos ha contado hace poco el desagradable asunto en que figura el nombre de usted. ¿Se trata de un duelo, no es eso?

GEN. (*Con orgullo.*) Sí; de un duelo en el que ha dado muerte á su adversario.

CIVRY. He tenido esa desgracia, señor Marqués, y cuento con la proteccion que en nombre de usted me ha ofrecido mi tio para el caso de que tan deplorable incidente pudiera dar orígen á un procedimiento judicial.

ANDRES. Si llegara ese caso, aún puedo dispensar á usted una influencia más decisiva. El señor de Pomerol, que es sin disputa el abogado más hábil de París...

CIVRY. (Viendo á Pomerol.) ¡Señor de Pomerol!

POM. Servidor de usted, amigo mio.

ANDRES. ¿Se conocían ustedes?

POM. Tengo ese honor.

CIVRY. El honor es mio. Precisamente había pensado en usted para encargarle del asunto.

POM. Con mucho gusto.

ANDRES. Se trata de un duelo.

GEN. (Con orgullo.) Ha dado muerte á su adversario.

POM. ¡Diantre! Camina usted demasiado de prisa, amigo mio. ¿Y dónde se ha verificado el encuentro?

CIVRY. En Ville D'Avray.

POM. Malo, malo, debieron ustedes haberse batído en Bélgica. ¿Y cuál fué la causa?

CIVRY. (Aludiendo á las señoras.) No sé si debo... (Fernanda le ofrece una taza de té.) Muchas gracias... La causa del duelo es de las más insignificantes; precisamente está usted mezclado en ella, señor de Pomerol.

POM. No comprendo...

CIORY. El señor Anatolio Richon, (Movimiento en Pomerol y Fernanda.) me había presentado hace poco tiempo en cierto salon, del cual me sacó contra mi voluntad un amigo generoso, (Aprieta la mano á Pomerol.) despues de hacerme comprender que aquel lugar no debían frecuentarlo las personas honradas. Anteayer, la casualidad hizo que me encontrára de improviso en presencia del señor de Richon, quien en frases muy poco corteses censuró mi brúsca salida. Respondí en el mismo tono, y un indivíduo que le acompañaba, se mezcló inoportunamente en la dispnta, calificando mi proceder en términos tan groseros, que me ví en la triste necesidad de castigar sus insultos de una manera violenta.

GEN. Muy bien hecho.

CIVRY. De aquí surgió un duelo, y á pesar de que mis padrinos opinaban que no debía aceptarlo, fundando su parecer en la reputacion bastante dudosa del sujeto en cuestion, se verificó el lance á espada y tuve la desgracia de dar muerte á mi adversario.

ANDRES. ¿Quién era él?

CIVRY. Se llamaba Roqueville.

POM. ¡Roqueville!

ANDRES. (Viendo á Fernanda que palidece y vacila.) ¡Margarita!

POM. (Sosteniendo á Fernanda.) ¡No es nada, un ligero escalofrio. Los nérvios sin duda. (Á Fernanda con intencion.) pero con un poco de ánimo y de valor se vencen estos desfallecimientos.

ANDRÉS. ¿Te sientes mejor?

FERN. Sí, ya estoy buena.

ANDRES. Toma mi brazo. Esta historia de duelos y de estocadas la ha trastornado. (La lleva hácia un cuarto. Los concurrentes se disponen á abandonar el salon.)

POM. (Á Civry.) Si estuviésemos sólos, daría á usted un abrazo estrechísimo. Soberbio golpe, amigo mio: ha hecho usted una obra de caridad, quitando de enmedio á ese tunante. Y aún dicen algunos que las buenas acciones no encuentran recompensa en el mundo.

GEN. ¿Vamos, sobrino?

ANDRES. (Vuelve á la escena.) Tranquilícense ustedes. No es cosa de cuidado.

GEN. Lo celebro de todas veras. (Á Civry.) ¿Vienes?

CIVRY. Allá voy. (Á Pomerol) Hasta mañana.

POM. (Ap. mientras los demás se despiden de Andrés.) Por este lado estoy perfectamente tranquilo, ahora vamos al más importante. (Al Criado que está recogiendo el servicio del té.) Escúchame con atencion. ¿Conoces tú á la señora de la Rosarié?

ALF. Sí, señor.

POM. Es posible que esta señora venga á ver á tu amo mañana. Si esto sucede, es necesario que impidas la en-

trevista á cualquier precio. ¿Entiendes?

ALF. ¿Si el señor tuviera la bondad de explicarme lo que entiende por cualquier precio?

POM. Eso significa que vas ganando mil francos por tu servicio. (Ap.) (¡Pillo!)

ALF. Pierda usted cuidado, señor de Pomerol; la señora de la Rosarié no entrará en las habitaciones de mi amo. (Se vá por el foro.)

POM. En este plazo tengo tiempo de sobra para hacer mis preparativos. Por esta noche creo que puedo estar perfectamente tranquilo. Mañana daré la batalla.

PAUL. (Con afectada dignidad.) Cuando usted guste, caballero.

POM. (En el mismo tono.) ¡Servidor de usted, señora!

ANDRES. (Alegremente.) ¿Qué pasa? ¿Por qué se tratan ustedes con tantas ceremonias?

POM. Una cosa gravísima, Andrés; una carta de mujer. ¿Te parece poco?

PAUL. Bromee usted lo que guste. Dentro de un rato reiremos juntos.

POM. (Ofreciendo su brazo á Paulina.) Hasta luego. (Á Andrés.) Señora...

PAUL. Muchas gracias.

POM. No hay de qué.

ESCENA IV.

ANDRÉS, solo.

¡Gracias á Dios! Creí que no iban á dejarnos solos en toda la noche. (Observa desde la puerta del cuarto á Fernanda.) Escribe á su madre. No quiero molestarla ahora. (En el momento de bajar al centro de la escena, se abre la puerta de la derecha y aparece Clotilde.)

ESCENA V.

ANDRÉS, CLOTILDE.

ANDRES. (Se vuelve con más sorpresa que alegría.) ¡Ah! ¡Clotilde! ¿Por dónde ha entrado usted?

CLOT. Por allí.

ANDRES. ¿Por el jardin?

CLOT. Sí. Lo mismo que otras veces. Aquí tiene usted la llave.

ANDRES. (Con más afecto.) ¿Y por qué entra usted por esa puerta y no por la principal?

CLOT. Prefiero no ser vista de nadie. Esa razon me hizo esperar en el jardin á que estuviese usted solo. Deseo que hablemos un rato.

ANDRES. (Con tono de queja amistosa.) En verdad que no es la hora más á propósito...

CLOT. Es la misma en que llegaba otras veces.

ANDRES. Sí, más con un tiempo tan horrible...

CLOT. He venido en noches mucho peores.

ANDRES. ¡Oh! ya veo que tiene usted la religion del recuerdo.

CLOT. ¿Y usted?

ANDRES. Yo... honro el pasado, pero adoro el presente; y además, como tengo una mujer jóven y curiosa por añadidura, no quisiera por usted ni por ella misma que pudiese observar...

CLOT. En otro tiempo no asaltaban á usted esos escrúpulos.

ANDRES. En esa época tampoco era yo lo que soy en la actualidad, sino un jóven, aturdido y atolondrado. Pero ya sabe usted que el matrimonio cambia la óptica de las cosas, y hoy tengo que velar por la dicha de dos personas.

CLOT. (Acabando la frase.) En resúmen: que trata usted de despedirme, ó mejor dicho, de expulsarme para que no sea obstáculo á su felicidad.

ANDRES. (Protestando.) ¡Oh! no; las mujeres poseen el arte de no comprender las cosas.

CLOT. Se equivoca usted. Yo comprendo á media palabra.

ANDRES. (Con ternura.) No me ha entendido usted. Veamos, querida Clotilde: hoy por hoy nosotros somos dos buenos amigos, ¿no es cierto? Pues bien, yo que debo á usted mi felicidad, me veo en la absoluta precision de decirle que la dicha es en extremo egoista.

CLOT. Tiene usted razon. Confieso que he obrado con mucha ligereza al presentarme en su casa, pero esto no impide que me interese por la suerte de usted. ¿Es usted realmente feliz?

ANDRES. Más de lo que pude soñar.

CLOT. ¿Dicha completa, no es cierto?

ANDRES. Completa.

CLOT. De modo que si un acontecimiento imprevisto viniera á turbar tanta alegria...

ANDRES. ¡Qué idea!

CLOT. (Con intencion.) En fin, si esto ocurriese, ¿sufriría usted un golpe mortal?

ANDRES. ¿Qué significan esas palabras? ¿Qué pasa, Clotilde?

CLOT. (Cambiando de tono.) Pasa, á juzgar por lo que estoy viendo, que has llegado á creer que un hombre puede ser como tú cobarde, pérfido, infiel y perjuro; sin fé, sin probidad, sin corazon ni nada, y que el cielo, en premio de tus maldades, te dejaría gozar en calma la más completa de las dichas... ¿Tú has creido sin duda que la Providencia es cómplice del delincuente?

ANDRES. ¿Es esto un sueño?

CLOT. Sí, pero se acerca la hora de despertar.

ANDRES. ¿No fué usted quien propuso nuestra separacion?

CLOT. ¿Yo? (Páusa.) ¿Es decir, que has dado crédito á la comedia que he venido representando? Tanta influencia ha ejercido en tu corazon ese funesto amor, que no viste siquiera que los violentos esfuerzos que he tenido necesidad de hacer, para ocultar los celos que destrozaban mi alma. ¿Hay ejemplo de una ceguedad semejante?

ANDRES. Usted.... usted protegió...

CLOT. (Interrumpiéndole.) Yo he mentido para arrancarte la verdad. Si: he querido saborear el salvaje placer de escuchar de tus propios lábios que amabas á otra: y tú, dominado por las quimeras que forjó tu fantasía, te presentaste delante de mí, y con tu mano en mí

mano, no solo no veías nada, sino que llegaste hasta el extremo de declararme tu estúpido amor, destrozando una por una todas las fibras de mi alma.

ANDRES. (En el mismo tono.) ¡Qué tejido de mentiras y falsedades!

CLOT. No es esto todo. Todavía era preciso que aquel que ha contribuido á mí vergüenza, me la lanzase al rostro haciéndome comprender que si atentaba contra su felicidad, no vacilaría en expulsarme de su casa, como si fuese la última de las mujeres.

ANDRES. ¿Yo... arrojar á usted de mi casa?...

CLOT. ¿Creé usted por ventura que á través de sus palabras no he visto claramente la verdad de sus intenciones? ¿Mi presencia aqui le molesta? qué digo, le molesta; le ofende. Sí, ya sé que una mujer como yo, compromete el decoro de una recien casada á quien puede causar rubor tanta impureza.

ANDRES. Basta, señora, basta.

CLOT. Bien sabe Dios que he llegado aquí sin deseos de venganza, y sin intencion de turbar su felicidad; (Se sienta.) pero en esta casa que debía ser mia, á la vista de esa puerta que debía ser la de mi cuarto, ocupadò hoy por otra que no vale lo que yo, (Andrés quiere interrumpirla.) ¡que no vale lo que yo! Todos mis propósitos se revelan y no vacilo ya en destrozar para siempre una dicha efímera. (Andrés cierra la puerta que conduce al cuarto de su mujer.) Es natural. Cierra usted esa puerta porque nuestras palabras podian ahuyentar su casto sueño.

ANDRES. (Vuelve hácia ella con ademan resuelto.) ¿Qué medios tiene usted para turbar mi felicidad? ¿Cómo vá usted á conseguir su intento?

CLOT. ¿Cómo?

ANDRES. Atrévase usted á intentarlo.

CLOT. ¿Quiere usted conocer el secreto de mi venganza?

ANDRES. ¡Ah! no se me oculta lo que intenta. Usted se propone decir á Margarita que yo he sido su amante, ¿no es

cierto?

CLOT. No, mi venganza es mucho mejor que esa.

ANDRES. Ni esa ni ninguna. Usted vá á abandonar esta casa inmediatamente, pues de lo contrario, juro por vida mia, que no vacilaré en arrojarla de ella.

CLOT. ¡Por lo visto no quiere usted conocer cómo se venga una mujer como yo de un hombre como usted!

ANDRES. Salga usted, señora.

CLOT. En seguida.

ANDRES. ¡Vamos!

CLOT. Señor Marqués, ya que no acepta usted en su casa á las mujeres de couducta dudosa, tenga usted la bondad de decir á la señora Marquesa que salga conmigo.

ANDRES. ¡Cómo! ¡Insultar á mi mujer! ¿Se atreve usted?...

CLOT. Cálmese usted, señor Marqués. Su esposa es de aquellas á quienes no se puede insultar porque están por debajo de la injuria.

ANDRES. (Amenazándola.) ¡Ah!

CLOT. (Desafiándole.) Usted soñaba con una niña candida y pura, pues bien, pregunte usted á su casta esposa de qué sitio la he recogido yo para lanzarla en sus brazos?

ANDRES. (Fuera de sí.) ¡¡Miente usted!!

CLOT. Llámela usted, señor Marqués. Llámela usted.

ANDRES. (Se lanza hácia la puerta del fondo que abre con furia, llamando en voz alta.) ¡Margarita! ¡Margarita!

CLOT. No, no. Llámela usted Fernanda. Es su nombre de pila y lo entenderá mejor.

ESCENA VI.

CLOTILDE, ANDRÉS, FERNANDA.

Fernanda baja rápidamente para abrazar á Clotilde.

FERN. ¡Clotilde!

ANDRES. Sí, Clotilde, á quien vas á confundir ahora mismo, sí. porque ha intentado deshonrar tu pasado.

FERN. (Estremeciéndose.) ¡Mi pasado!

ANDRES. Acaba de decir que te ha conocido en no sé qué despreciable situacion.

FERN. (Balbuceando y mirando á Andrés.) No sabías... no sabía usted...

ANDRES. (Fuera de sí.) ¡Pero dile al instante que miente, al instante!

FERN. (Que hace un esfuerzo para hablar.) Señor, yo... (Se dirige en ademan de súplica á Clotilde, que la mira friamente.) Señora... (Retrocede espantada al hacerse cargo de su situacion.) ¡Dios mio! ¡es ella, ha sido ella!

ANDRES. (Tambien con espanto.) Sí, la que te ha calumniado.

CLOT. ¿Qué yo la calumnio? Mire usted á su esposa.

FERN. (Cayendo de rodillas.) ¡Ah! ¡Miserable! ¡Estoy perdida para siempre!

CLOT. Ahora, señor Marqués, ya no molesto á usted más. (Sale por la puerta derecha del fondo.)

ESCENA VII.

ANDRÉS y FERNANDA.

ANDRES. (Anonadado, despues reponiéndose un poco.) ¡Perdida! ¡No, esto no es posible! Aquí existe una intriga infernal; ¿no es cierto, Margarita? Responde, responde, dime que en todo lo que he oido no hay una sola palabra de verdad. (Levanta á Fernanda. Ésta sofocada por las lágrimas inclina la cabeza. Andrés la deja caer con espanto.) ¡Es cierto! ¡oh! ¡Infame, voy á matarte!

FERN. (De rodillas y sollozando.) Ahora mismo, señor Marqués, sufro tanto que es una obra de caridad arrancarme la existencia.

ANDRES. (Con aspecto terrible.) Pero ántes necesito conocer el lazo de ignominia que ha ligado mi vida. ¡Vas á decírmelo todo!

FERN. (Vivamente.) ¿Á usted? ¡Oh! ¡No! Prefiero la muerte.

ANDRES. ¡Hablarás de grado ó por fuerza! ¿Dónde te ha conocido esa mujer? Responde.

FERN. En casa de mi madre, que era dueña...

ANDRES. Adelante.

FERN. De un *restaurant* donde se jugaba por la noche.

ANDRES. ¡Un garito! Contínúa.

FERN. Pregúnteme usted lo que guste. No tengo fuerzas para continuar.

ANDRES. Un garito que frecuentarían libertinos y tahures que habrán sido tus amantes.

FERN. (Protestando dolorosamente.) ¡Oh! No.

ANDRES. Por lo ménos tendrías uno. Hablemos de éste.

FERN. (Sollozando.) ¡Perdon, señor Marqués!

ANDRES. Contesta. ¿Quién era tu amante?

FERN. Un miserable que abusando de la debilidad de dos pobres mujeres se hizo amo de la casa. En esa época la policía sorprendió á los jugadores una noche, y mi madre fué llevada á la cárcel.

ANDRES. ¡La cárcel tambien!

FERN. (Rápidamente.) No debo continuar, ¿no es verdad? ¡Todo esto es muy horrible!

ANDRES. Al contrario, quiero saberlo todo, todo. (Movimiento de desesperacion en Fernanda.) Tu madre estaba en la cárcel. ¿Y despues?

FERN. Él me dijo que la haría salir de la cárcel siempre que yo accediese á sus deseos, y que en caso contrario, permanecería en ella mucho tiempo, añadiendo, que estaba dispuesto á sumirnos en la miseria más espantosa. Yo estaba sola, sin defensa, y á fuerza de mentiras, de amenazas y de violencias... Oh, señor, reconozco que he sido muy culpable, pero la espiacion que vengo sufriendo ha castigado mi delito. (Cae con el rostro sobre la alfombra.)

ANDRES. Y una vez manchada y envilecida por completo, usted se ha dicho: «Hé aquí un hombre que no duda de mi virtud, y que me hará Marquesa como premio de su nécia credulidad.» ¿no es cierto?

FERN. No piense usted, ni por un sólo momento que yo haya sido capaz de llevar á cabo tan infame cálculo. Dios,

que oye mis palabras, conoce la sinceridad de mis intenciones.

ANDRES. ¿Entónces, cómo se explica el silencio que ha guardado usted?

FERN. Yo creía que usted estaba enterado de todos los pormenores de mi vida. Clotilde me aseguró que usted perdonaba las faltas de mi juventud.

ANDRES. ¡Perdonada por mí!

FERN. Ya sabía yo que esto no era posible, y por eso me resistí á dar crédito á las palabras de aquella mujer, pero despues de mi carta...

ANDRES. ¿Su carta?... ¿Qué carta?

FERN. Sí, una carta en la cual se lo confesaba todo.

ANDRES. ¿Á mí? No una usted la mentira á la impudencia.

FERN. (Levantándose.) Yo no miento.

ANDRES. Y yo repito que no he recibido, que no he leido ninguna carta.

FERN. (Con abatimiento.) ¿Qué ha pasado entónces, Dios mio?

ANDRES. Y aunque me hubiese usted escrito, ¿bastaba esa determinacion para salvar su decoro? ¿No era más digno, más noble y más honrado confiarme á mí sólo sus desdichas que estamparlas en un pliego de papel?

FERN. Yo quise caer á sus plantas y decírselo todo, pero no tuve valor suficiente para realizar mi propósito.

ANDRES. No, no doy crédito á ninguna de sus palabras. Ni usted me ha escrito, ni ha abrigado la intencion de confesarme sus culpas. Clotilde y usted son cómplices del mismo delito, porque las dos se han puesto de acuerdo para robarme el honor de mi nombre.

FERN. ¡Señor Marqués!...

ANDRES. (Rechazándola.) No se aproxime usted á mí. Yo la odio, la detesto, la maldigo por el daño que me ha hecho al borrar de mi alma todo lo bueno y generoso que había en ella.

FERN. Señor, escúcheme usted...

ANDRES. (Sofocado por las lágrimas.) ¡Dios mio! ¡Qué presente y

qué porvenir más espantosos! ¡Qué horrible despertar! ¡Ah! ¡Desgraciada, desgraciada! Has matado en mi corazon el cariño más ardiente. ¡Y yo que la amaba tanto! (Cae en una silla sollozando.)

FERN. (Arrastrándose hácia él.) Señor, no llore usted... Prefiero su cólera á sus lágrimas. (Con desesperacion.) Yo no la he engañado. ¡Perdon, señor Marqués. perdon!

ANDRES. (Rechazándola con horror y levantándose al propio tiempo.) ¡Y esta mujer, es mi esposa!

FERN. (De rodillas.) No lo seré por mucho tiempo; porque desde luego reconozco mi indignidad y comprendo que no debo ser la esposa de un hombre honrado. Quizás haya medio de anular nuestro matrimonio.

ANDRES. Dios lo quiera.

FERN. Yo haré todo lo que sea necesario para conseguirlo. Ordene usted.

ANDRES. Basta de farsa. Retírese usted. Salga pronto de aquí.

FERN. (Levantándose.) ¿Dónde quiere usted que vaya, señor Marqués?

ANDRES. Donde no la vea. ¡Me inspira usted horror!

FERN. ¡Dios mio!

ANDRES. La hija de... La querida de....

FERN. (Herida en su dignidad.) Es usted implacable, señor Marqués... Me voy, ya no volverá á verme nunca. (Dá algunos pasos y vacila.) Perdon, señor, no puedo andar; me siento muy mal.

ANDRES. (Dejándose llevar de un sentimiento de compasion, dá un paso hácia ella.) ¡Margarita! (Retrocede y despues toca un timbre. Entra un criado. Al criado.) La doncella de la señora Marquesa; que vaya á su cuarto. Retírese usted. (La doncella va hácia Margarita. Esta sale sollozando apollada en la doncella. Andrés cae sobre el sofá con la cabeza entre las manos.)

ESCENA VIII.

ANDRÉS y POMEROL.

POM. (Avanza lentamente y estrecha la mano á Andrés, sin que este le haya visto llegar.) ¡Andrés!

ANDRES. ¡Felipe! ¿No sabes lo que me sucede?

POM. ¡Lo sé!

ANDRES. (Levantándose.) ¿Lo sabes?

POM. Todo.

ANDRES. Y nada me has dicho.

POM. Cómo había de decírtelo, si no supe que Margarita iba á ser tu mujer hasta el momento mismo en que te ví volver de la Iglesia.

ANDRES. (Con desesperacion.) Felipe, amigo mio, líbrame de tanta vergüenza.

POM. (Tratando de tranquilizarle.) ¡Andrés!

ANDRES. Tú que eres abogado y conoces las leyes, ¿no encuentras la manera de anular este matrimonio que me deshonra?

POM. No.

ANDRES. No digas eso. Busca, inventa. Haz algo por mí, Felipe.

POM. Repito que no hay ningun medio.

ANDRES. Y yo digo que sí; porque la ley no debe tolerar que un hombre de honor sea el marido de esa...

POM. (Interrumpiéndole.) No insultes á esa desgraciada. Conozco mejor que tú la pureza de sus sentimientos y la rectitud de sus intenciones.

ANDRES. ¿Dónde quieres ir á parar? ¿Qué te atreves á decir? ¿Es que vas á hablarme de perdon?

POM. Dí más bien de generosidad y sacrificio. Yo no te pido el perdon, sino el olvido completo; porque en la vida de tu mujer no hay más que una falta, de la cual ella no puede ser responsable.

ANDRES. ¡Tú estás loco! Y aún cuando tuviera la debilidad de

acceder á tus deseos, ¿evitaría por eso mi deshonor? No; lo que tú sabes, lo sabe Clotilde, llegará en breve á oidos de otras cien personas, y no hay nadie que se atreva, á afrontar el escándalo en su propia casa, y que afronte tambien el desprecio del mundo.

POM. Ya sabía yo que iba á tener al mundo por adversario.... ¿Y qué mundo es ese? Todo el mundo; es decir la multitud.

ANDRES. Hablo de los hombres honrados que hay en él.

POM. Pues éstos no tendrán para tí más que frases de elogio, porque el honor y la virtud son indulgentes con el mal. Los hombres honrados saben que es mucho más noble sacar del vicio á una desgraciada, que lanzar en él á una inocente.

ANDRES. ¿Cómo he de dar el brazo á una mujer que puede encontrarse en la calle con el hombre que la ha deshonrado?

POM. Ese hombre ha muerto.

ANDRES. ¡Ah!

POM. Era el malvado á quien Civry dió muerte en desafío.

ANDRES. La deshonra existe á pesar de eso.

POM. Es tu orgullo, no tu deshonra, la que ahora habla.

ANDRES. Bien, basta, Felipe. Tú me pides virtudes sobrehumanas que no tengo. No soy un héroe; sino un hombre.

POM. Y débil como todos. Vamos, ánimo, valor, sé fuerte contigo mismo.

ANDRES. Eso se dice fácilmente. Perdon, generosidad, sacrificio... Ninguna de esas virtudes me faltan, ¿pero crees que puedo olvidar? Aunque yo disculpase su falta, ¿no existirá entre ambos ese espantoso recuerdo para amargar todos nuestros goces? He conocido muchos hombres generosos como tú que acariciaban la quimérica esperanza de rehabilitar á una mujer; pero esto no es posible: la mujer que ha caido no se levanta jamás.

POM Andrés, tú tienes como la sociedad actual una falsa

nocion de la virtud. Esa desgraciada ha caido en el vicio, pero no por su propia voluntad, sino á impulsos de la violencia y de la amenaza. Su alma no ha dejado, sin embargo, de ser noble, pura y honrada, porque estas cualidades no están á merced de las asechanzas del primer bandido. (**Mientras Pomerol pronuncia estas palabras, Andrés, cuyo desfallecimiento ha ido en aumento, escribe. Fernanda aparece en el fondo de la escena con un chal sobre los hombros y trata de ganar la puerta de salida, sin que nadie lo observe. Pomerol la vé y corre hácia ella deteniéndola sobre el umbral. Andrés no observa el juego escénico.**)

ESCENA IX.

ANDRÉS, POMEROL, FERNANDA.

FERN. (**Á Pomerol en voz baja y llorando.**) Déjeme usted salir. Me ha arrojado de su casa.

POM. Todavía no.

FERN. (**En el mismo tono.**) Me acusa de haberle engañado, y no quiere creer que le he escrito una carta.

POM. Yo conservo esa carta. Héla aquí.

FERN. ¡Gracias, Dios mio! Por lo ménos tendrá la seguridad de mi franqueza. Adios.

POM. (**Reteniéndola.**) Quédese usted. (**Vá á donde está Andrés.**) Andrés...

ANDRES. (**Sin dejar de escribir.**) Voy á abandonar para siempre esta casa que me causa horror. Tú qüedas autorizado por este documento para arreglar mis asuntos.

POM. No me opongo á tus deseos. No quieres unir tu suerte á la de una santa que aparece rodeada por la aureola del martirio; pues yo tengo el medio de alcanzar el divorcio.

ANDRES. ¿Le obtendremos?

POM. Respondo de ello. Por lo pronto tenemos pruebas irrecusables. Margarita ha escrito una confesion de su pasado, por su propia mano. (**Fernanda se levanta para**

abandonar la casa.).

ANDRES. ¿De su propia mano?

POM. Sí. Una carta.

ANDRES. (Rápidamente.) ¡Una carta dirigida á mí!

POM. Sí; una carta que Clotilde quiso que llegase á tus manos al salir de la iglesia, y que yo arranqué de las suyas.

ANDRES. ¿Luego es cierto que me había escrito?

POM. El día mismo de tu matrimonio.

ANDRES. Ahora recuerdo que devolví una carta á Clotilde, suponiendo que era suya.

POM. Ya verás el efecto que produce mi acusacion en el Tribunal. cuando lea esto. (Leyendo.) «Señor, aunque me aseguran que conoce usted mi pasado y que está dispuesto á perdonar mis faltas, yo no puedo decidirme á dar crédito á estas palabras; porque es imposible que exista un hombre capaz de realizar tal acto de abnegacion. La conciencia del pecado cometido, se despierta hoy en mí con más fuerza que nunca, haciéndome ver lo que soy y lo que debía ser... Por favor, caballero, piense usted en la gravedad del paso que se propone dar, porque quizá no esté lejano el dia en que se arrepienta de haber hecho una buena accion.» (Hablado.) ¡Pobre niña! (Fernanda ha dado algunos pasos para escuchar la lectura. Andrés visiblemente conmovido, cesa de leer y se pone de codos sobre la mesa con la cabeza apoyada en sus manos. Pomerol hace señas á Fernanda psra que se acerque. Esta obedece sin comprender.)

POM. (Leyendo.) «Si por el contrario, señor Marqués, cree usted que el arrepentimiento puede hacer de mí una mujer honrada y digna, (Pasa la carta á Fernanda que continúa la lectura sin interrumpirle.) el sacrificio de toda la vida no será bastante á probarle mi gratitud.»

FERN. (Trémula y conmovida continúa leyendo á cierta distancia.) «Ni yo soy lo que usted piensa, ni debo ocultarle que he vivido en medio de la corrupcion que repugnaba á mis sentimientos.» (Andrés que se ha estremecido al oir el

cambio de voz, llora silenciosamente ocultando el rostro entre sus manos.) «¡Ah! ¡señor! cuán grande y cuán terrible ha sido el castigo de una falta que tantas penas y tantas lágrimas me cuesta... Si despues de leer esta declaracion, se digna usted perdonarme, no conteste usted á mi carta; porque yo bendeciré su silencio desde el fondo del alma; si no se cree con fuerza para llevar á cabo tan generoso proceder, tambien aceptaré su olvido resignada, suplicándole únicamente que no desprecie á esta indigna criatura...» (Su voz se apaga al leer estas últimas líneas, cae de rodillas.)

ANDRES. (Completamente conmovido.) ¡Margarita! ¡esposa mia! levántate. Este es tu sitio. (Le abre los brazos y Fernanda se arroja en ellos.)

POM. (Radiante de alegría.) ¡Bravo! ¡Andrés! El lenguaje del corazon, es el más elocuente de todos.

(Cae el telon.)

FIN DE LA COMEDIA.


LITERATURA Y ART
93
NUESTRO LEMA
EDUCAR CON BUENAS LECTURA
y estimular la afición á lo bello
con
ARTÍSTICOS REGAL
HONRADA Y CULP
ó
La Mujer Misterio
NOVELA ORIGINAL DE
D. Alfredo Román de Lun
Ilustrada con magníficos cromos de los
artistas Planas, Cuchy, Gaspar y
Precio: 2 r
JOSÉ GALLACH
EDITOR
BARCELONA

